

CINCO HORAS CON MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes lleva cuarenta años escribiendo y en su cumpleaños se ha regalado —a él y a sus muchos lectores— un nuevo libro, su última novela por ahora, «El tesoro», que ha editado su editor de siempre, Josep Verges, de Destino. Hace unos meses hablé, con un magnetofón por medio, largamente con Miguel Delibes en su casa de Valladolid, ahora, coincidiendo con la aparición de su novela, aparece el libro de conversación, «Cinco horas con Miguel Delibes» (Ediciones Anjana). Dividí el libro —encomendándome al título parafraseado de una de sus novelas mejores y más conocidas en cinco grandes apartados: los inicios, el campo y la naturaleza, el periodista, el hombre comprometido con su tiempo y con su tierra, y el ecologista en un mundo que agoniza.

Javier GOÑI

—Mi padre, —dice Delibes— era un gran aficionado a la naturaleza, cazador desde siempre, tenía una acción en un monte próximo a Valladolid, y como mi padre era hombre poco..., no tanto como yo, pero, vamos, poco sociable, también, pues se iba a cazar solo, únicamente con los hijos. Creo que mi padre me empezó a llevar al monte desde los seis años.

—Supongo que a ver, no ibas a sujetar la escopeta a esa edad...

—Me gustaba ir detrás de él, pero me cansaba en seguida y entonces ces me quedaba, con mis hermanos, junto al coche, a orillas de un pozo, que había en medio del sardón, cerca de un abrevadero de ovejas. Allí, alrededor del coche, jugábamos a la pelota y le esperábamos mientras él cazaba. Recuerdo haber visto entonces mis primeras ardillas. Mis primeros cuervos. Los primeros contactos con los pájaros datan de esa época.

—Tuviste un abuelo francés.

—Sí, era de Toulouse, sobrino del musicólogo Delibes y se vino a España. No recuerdo que cargo tenía en la construcción del ferrocarril de Alar del Rey a Santander. Esta línea pasaba por Molledo-Portolín, que es un pueblo muy montañoso entre Reinoso y Torrelavega, donde perforaron varios túneles... uno de ellos sale en «El Camino». Allí donde los niños hacen sus necesidades, ¿recuerdas?. Pues en Molledo mi abuelo conoció a mi abuela, que era de una familia montañesa y se casó. Y ya no regresó nunca a Francia. Debía ser un hombre un poco raro, neurótico también, se ve que la neurosis me viene de los Delibes.

—¿Por la parte de tu madre?

—Eran burgaleses pero oriundos del País Vasco, además de parte francesa, tengo parte vasca. Echanove Arcocha eran los apellidos vascos de mi madre. Su padre era un abogado de Burgos, un tipo pintoresco, desinteresado. La familia de mi madre contaba que se abstraía haciendo solitarios con las cartas y que, a veces, llegaba un buen cliente y aquel hombre le decía a su pasante que le despachara, que no estaba en casa. Se casó con mi abuela, que era la vasca, y vivieron en Burgos. Este hombre era muy carlista. Estuvo en el sitio de Bilbao y fue ayudante del general don Castor Andechaga... mi madre se quedó huérfana muy pronto y entonces vino a Valladolid, a casa de una familia de primos carnales, Nevares Setién. Y aquí, la conoció a mi padre, que era ya un solterón conspicuo, tenía 42 años cuando se casó y mi madre veintipocos. Así y todo tuvo mi padre ocho hijos...

—Creo que tú, en el colegio eras un buen futbolista.

—Yo ahora me doy cuenta de que hubiera sido un buen jugador de «futbito», de fútbol-sala, porque tenía una cierta inteligencia pa-

ra elaborar las jugadas, pero tenía poca fuerza física para completarla. De pequeño, jugando en campo pequeño las cosas iba bien, pero luego... al lado de aquellos internos, aquella gente de pueblo que pegaba unos zambombazos formidables, yo no era nadie, quedaba siempre malparado. Me daba miedo meter la cabeza. Tenía, ya te digo, una idea clara de la jugada y un buen toque de balón. Hubiera sido, sí, tienes razón, un buen «mister» ten en cuenta que yo empecé a ir al fútbol a los ocho o nueve años y lo he dejado de muy mayor. Del todo cuando pusieron jaulas en los estadios, no sé si para los futbolistas o para los espectadores. Puestas las jaulas, se acabó el espectáculo de fútbol. Para mí, al menos.

—En el colegio escribías crónicas de fútbol.

—De esto no me acuerdo bien...

—Lo he leído en alguna parte.

—No sé si hice alguna crónica... tal vez sí, pero no las publicaba. Lo que sí creo recordar es que hice alguna del Valladolid Deportivo, pero tampoco las publicaba, las almacenaba, las escribía a máquina con dos dedos, y me refocilaba luego en ellas como un narciso...

—Es tu origen literario más remoto.

—Sin duda, pero esto de las crónicas de fútbol no se acaba ahí. Años después hasta me dieron dinero por ellas. Yo estaba ya casado, empecé a tener hijos, uno por año, aquello era alarmante... yo ganaba 750 pesetas, en la cátedra y 500 en el periódico, que no me alcanzaban, entonces me metí a comentarista deportivo. Al ganar el Nadal, conocí a la gente del «Destino» que entonces tenían una revista filial, que se llamaba «Vida Deportiva» y allí escribí durante una larga temporada crónicas de fútbol.

La droga de la literatura

—Por cierto, ¿en tú tesis «Causas de la disolución de las compañías anónimas» había algo de literatura?

—No, no, claro que no... era un aburrido lenguaje técnico. Algo infumable. De todos modos tengo que reconocer que aquella tesis, menos escribirla, me la dio hecha un tío mío, que era ingeniero.

—¿Cómo te empieza a hacer efecto la droga de la literatura?

—Esta es una cuestión nada simple. El despertar de mi afición a la expresión literaria empieza en los años cuarenta, cuando estoy de reportero en «El Norte de Castilla» y al tiempo estudio el curso de derecho mercantil de Garrigues. Entonces me decido a dar forma a una obsesión de infancia: la de la muerte, obsesión que siempre me ha acompañado y ahora se acentúa a medida que envejeczo. Una obsesión que entonces no era por mi propia muerte, sino más bien por la de los demás, por la de las personas que me rodeaban y a quienes



amaba. Sea por esta o por otras razones lo cierto es que esta obsesión por la muerte me venía persiguiendo y cuando vi que era capaz de escribir, pues no dude en exponer esta tesis pesimista y absurda de forma novelada. Así surgió «La sombra del ciprés es alargada» mi primera novela.

—Antes escribiste «La bujía» ¿Es literalmente tu primer cuento?

—Sí, es literalmente mi primer cuento.

—¿Se llegó a publicar?

—Yo creo que no. Lo envié a un concurso de la revista «Mediana» que era de la Sección Femenista y le dieron el segundo premio. El primero fue para una hermana de «Azorín». Pásmate, no me acuerdo como se llamaba ella... Amparo, si quizás, Amparo Martínez Ruiz. Mi cuento era muy malo, un cuento infantil.

(Aquellos fueron los inicios, Delibes literariamente daba sus primeros pasos todavía tenía mucho que andar pero ya iba encaminado hacia el reconocimiento y el afecto del lector, que nunca le ha faltado).

El periodismo

Hace unos meses Miguel Delibes publicó un libro de ensayos, que se iniciaba como un trabajo extenso dedicado a la censura de prensa en los años cuarenta. Caricaturista, redactor, director de «El Norte de Castilla», el viejo periódico de Valladolid, Miguel Delibes ha hecho de todo en prensa.

«Aquel periodismo tenía un veneno y digo que lo tenía, porque ahora no sé si lo tiene igual. Añoro aquel periodismo de artesanía que hacíamos entonces, donde la línea era la línea, a primera vista, mayor atractivo que los sistemas de hoy, donde ya entran en juego los terminales, los ordenadores, las pantallas y todo eso, de modo que operas con un material inasible, que no ves».

Delibes, como tantos otros periodistas, tuvo que luchar contra la censura en sus diferentes etapas. «Siempre que se habla de censura se relaciona con prohibición y no sólo era eso, había unas consignas de obligado cumplimiento y unas sanciones inmediatas si no obedecías. Pues bien, este tipo de imposición es lo que se estaba aligerando en los años cincuenta. Era un punto ganado respecto a la década anterior. Te impedían decir lo que sentías, pero no te obligaban a decir lo que no sentías».

Delibes acabará sustituyendo, a finales de los cincuenta, a un director que estuvo impuesto dieciséis años. «En seguida me vi rodeado de un grupo de jóvenes periodistas que hoy ya ha dado la medida de su talento. A unos les conozco personalmente como es el caso de José Jiménez Lozano. Luego conozco a Bernardo de Arrizabalaga, que entonces era jesuita, y éste a su vez me presenta a Leguineche. Leguineche vino con su padre, era un chico de diecisiete años la mar de despierto, que realmente no estudiaba mucho, pero que escribía ya como los ángeles. Luego entra César Alonso de los Ríos, y Pérez Altes, su director actual, Miguel Ángel Pastor, Corral, Salcedo, que vendría después. En fin, un grupo excepcional».

La Ley Fraga

Con estos y otros, dio Delibes, en los primeros años sesenta, la ba-

talla por Castilla, lo que le acarreo, entre otros problemas, el tener que abandonar la dirección del diario. «cuando me preguntan si la Ley Fraga sirvió para algo, siempre digo que Fraga nos libró de decir lo que no sentíamos. Pero nos siguió impidiendo decir lo que sentíamos Y me remito al caso de mi periódico. Yo aproveché la Ley de Fraga para montar una campaña gráfica y literaria, acerca del campo castellano. Aquello fue lo que te puedes figurar, un escándalo con las consiguientes llamadas al orden».

Delibes recuerda de aquella época lo continuos viajes a Madrid a negociar con el Ministerio. No hubo manera de arreglar las cosas después de ser «chantajeado» —si se desmandaba, expulsaban al subdirector— Delibes se fue. «Yo publiqué al día siguiente una nota diciendo que por razones ajenas a mi voluntad tenía que dejar la dirección del periódico».

Delibes se va, pues, aunque siempre permanece ligado de una u otra manera a «El Norte de Castilla», de cuyo paso por la dirección del mismo hace un balance: «Dejé las cosas un poco encauzadas, restablecida en cierto modo la vieja línea del periódico, y con un grupo de colaboradores como yo nunca había soñado. Todo esto se había simbolizado no sólo en la campaña por Castilla y en las actividades, muchas veces molestas para el gobernador civil, de la Sala de Cultura, sino también en una sección semanal, «El caballo de Troya», cuyo título ya es significativo y donde criticábamos todo».

Hoy Delibes está apartado del periodismo diario, aunque todavía escribe artículos. Profesor, cazador, novelista, director de un periódico, Delibes siempre se ha sentido deudor del periodismo. «Le debo el haberme enseñado a valorar el aspecto humano».

En su curriculum en prensa hay una casilla en blanco que a punto estuvo, hace diez años, de rellenarse: se le ofreció, en un primer momento, dirigir «El País», un periódico que entonces estaba en la mente de un grupo de gente.

«Hubo alguna insistencia por parte del grupo de fundadores para que dirigiera «El País». Incluso algunos miembros del grupo hicieron dos o tres visitas a Valladolid para hablarme de ello. Yo no acepté al final por una razón muy simple que era, por otro lado, desde otros puntos de vista, la que me había movido a considerar la posibilidad de serlo: la muerte de mi mujer. Ella acababa de morir, me encontraba viejo, cansado, triste y con poco ánimo, por eso consideré la posibilidad de cambiar de aires..., y por eso acabé rehusando».

Venció el horror a vivir en Madrid. «Pensándolo en frío llegué a la conclusión de que era un error marcharme solo. Así que aunque insistieron, dije que no definitivamente. Fueron muy amables conmigo, estimándome en más de lo que valía».

Y no se ha arrepentido. «Yo tenía entonces 54 años, una edad excesiva para emprender semejante aventura. Además estaba acostumbrado a moverme en un ambiente muy chico, conociendo a todo el mundo, a seguir uno a uno a quienes trabajaban conmigo. Yo no hubiera sabido estar al frente de una redacción de cien o doscientos redactores. Me sentía viejo. Hicieron bien llamando a Cebrián, que era un chico joven, con gran visión periodística».

LA PELICULA DE HOY

«Laura»

Francisco Marinero

Producción: Otto Preminger (20th Century Fox, 1944). **Director:** Otto Preminger. **Guión:** Jay Datler, Samuel Hofenstein, Betty Reinhardt. **Fotografía:** Josep Lashelle. **Música:** David Raskin. **Actores:** Gene Tierney, Dana Andrews, Clifton Webb, Vincent Price, Judith Anderson. **Blanco y negro.** **Duración:** 83 minutos. **Emisión en TVE:** «Cine-Club». Segunda Cadena. 22,15 horas.

CALIFICACION: ★★★

Con razón suele identificarse a la serie negra con la crónica de una realidad sórdida. Incluso cuando se desarrolla en ambientes aparentemente limpios o lujosos, la misión del investigador es desvelar los aspectos más turbios del mundo en que se introduce.

Con razón «Laura» es un clásico del cine negro que, sin embargo, desmiente categóricamente tal identificación. Incluso al investigar un caso más o menos vulgar de un crimen pasional, el destino del detective es caer en una seducción ambiental y personal. Dominada la película, como su protagonista, por el retrato de la belleza distante, inasible de Gene Tierney, de Laura, el recuerdo que perdura en el espectador es el de un drama romántico, el de una sublimación que confiere a su objeto los difusos rasgos de un sueño.

En principio, el encargado de dirigir «Laura» fue un esteticista de gran prestigio, Rouben Mamoulian, que alcanzó la fama en Hollywood por su capacidad de estilización. Luego, la rodó Otto Preminger, que sí fue uno de los grandes creadores de cine negro y que se distingue por sus obras muy elaboradas y muy inteligentes. En el reparto se encuentran, junto al clásico Dana Andrews, en el papel del detective, la evanescente Gene Tierney y los cultivados cínicos Vincent Price y Clifton Webb, éste en el mejor papel de su carrera.

Estos nombres indican el carácter atípico de «Laura», historia de la investigación de un crimen con una víctima por error. Película negra en su sentido profundo, «Laura» es una intriga que mantiene con firmeza la incertidumbre, el misterio, de los acontecimientos que desencadenan la investigación. Es también de tono clásico en su desarrollo y en el descubrimiento final de que son las pasiones comunes y violentas, silenciadas pero no asfixiadas



Gene Tierney y Dana Andrews, en un fotograma de «Laura».

por una moral que recompensa las ambiciones cínicas y reprime las elementales, las que acababan por traicionar a los triunfadores más respetados.

«Laura» es una película elegante, misteriosa y lírica que trasciende su encasillamiento en un género y unas convenciones perfectamente verosímiles y consideradas como tal sólo por repetidas. Es una rara obra maestra que consigue crear un clima de fascinación contagiosa gracias a la conjunción de

elementos sometidos a la responsabilidad y selección del director, pero con valor autónomo. Entre ellos, destacan la propia imagen que siempre acompañó a su actriz identificada con el personaje, la sutil iluminación, la cuidada ambientación y una música cuyo tema principal se ha convertido, por méritos propios, en un clásico que automáticamente nos transporta a una nostálgica ensañación.

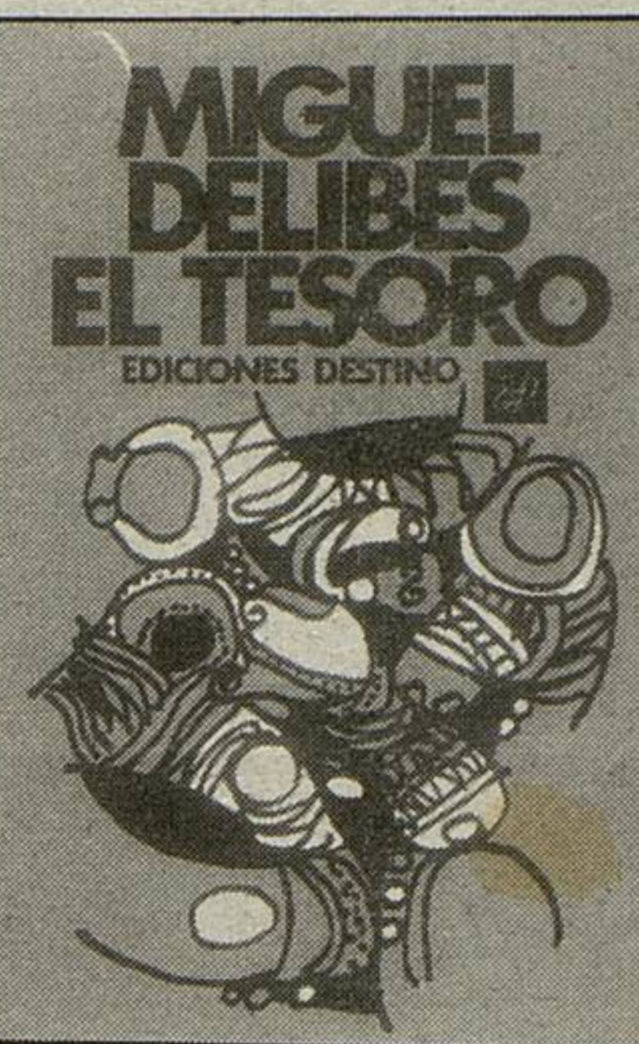
● Mala ★ Interesante ★★★ Buena
★★★★ Muy buena ★★★★★ Obra maestra

- 17,55 ¡Hola, chicos!
- 18,00 Barrio Sésamo.
- 18,30 Gimnasia. Campeonato del Mundo. Resumen de la jornada del día 7 correspondiente a la final de equipos de ejercicios libres damas, desde Montreal.
- 20,00 Al galope. Presentación de las carreras del próximo domingo desde el Hipódromo de la Zarzuela, de Madrid. Pronóstico de la Quinella Hípica.
- 20,30 Telediario.
- 21,05 Un, dos, tres... «Shakespeare». El concurso semanal presentado y conducido por Mayra Gómez Kemp tiene hoy como «leitmotiv» del espectáculo la figura del escritor inglés William Shakespeare. En consecuencia, toda la decoración y los personajes tendrán relación con las grandes piezas del dramaturgo inglés: «Romeo y Julieta», «Otelo», «Las alegres comadres de Windsor», «El rey Lear», etcétera. Como es habitual, colaboran en este programa las hermanas Hurtado, Raúl Sender, Arévalo, Juan Tamarit y otros. Realización: Narciso Ibáñez. Invitados: Objetivo Birmania y Bella Bestia.
- 22,45 Página de sucesos. «Carta de Stuttgart». Dirección: Antonio Giménez Rico. Intérpretes: Patxi Andión, Iñaki Miramón, María Asquerino y Elisa Laguna. Actores invitados: Emma Suárez, Amelia de la Torre, Tito García y Gabriel Llopart. Una anciana de una pequeña aldea gallega se ve forzada a vengar con sus propios y

- 23,30 particulares métodos los abusos y vejaciones sufridos por su jovencísima nieta.
- 23,30 Telediario.
- 23,50 Teledeporte.
- 24,00 Despedida y cierre.

SEGUNDA CADENA

- 18,45 Carta de ajuste. Fragmentos de «El maestro Campanone», de Lleó.
- 19,00 Agenda informativa. Última emisión en esta semana del espacio informativo que dirige Mirentxu Zabalegui y realiza Carlos Parra. Se anticipan algunos de los acontecimientos que sucederán en las próximas horas, y se recuerdan y valoran los acaecidos a lo largo de la jornada y días anteriores. Incluye entrevistas con los personajes que acaparan la atención del público, así como un breve avance de las noticias que conforman el «Telediario».
- 19,15 En marcha.
- 19,30 La clave. Tema: Francisco Franco. Invitados: Juan Pablo Fusi, historiador; Narciso Perales, militante fundador de Falange; José Prat, senador del PSOE; Jorge Semprún, escritor, y Emilio Pardo Fernández Corredor, coronel de Estado Mayor retirado. Película: «Caudillo», de Basilio Martín Patino.
- 24,00 Telediario 4.
- 0,30 Despedida y cierre.



De la incultura a la barbarie

Santos San Villanueva

«El tesoro», de Miguel Delibes. Edit. Destino. Barcelona, 1985. 128 páginas. 825 pesetas.

CALIFICACION: ★★★

Más de una vez he mostrado mi particular estima por el conjunto de la obra narrativa de Miguel Delibes. En ella, tras superar con pundonor iniciales titubeos, ha conseguido un elevado nivel medio de calidad. Por supuesto que alguna vez ha publicado libros de no gran empeño, aunque siempre muy dignos, pero, en contra, le debemos varios de los títulos más descolantes de toda la posguerra, de «Las ratas» a «Cinco horas con Mario».

Este preliminar se hace necesario para situar en una óptica de justicia su último libro, «El tesoro», que, a causa de ir avalado por tan respetable firma, despertará singular atención. Existe en la cultura española una acusada tendencia a reclamar de continuo a sus creadores el do de pecho, y así «El tesoro» puede defraudar a quienes juzgan la creación literaria como un espectáculo circense en el que es preciso incluir el aún más difícil. «El tesoro» no es una gran novela, ni siquiera una de las más afortunadas de un escritor destacado, pero, como sucede siempre con Delibes, ofrece una correcta factura y aborda cuestiones de notable interés.

«El tesoro» cuenta una historia de pasiones primitivas alrededor de un espectacular hallazgo arqueológico. Al mínimo y misero pueblo castellano en el que se han descubierto preciosos restos antiquísimos llega un eminente especialista que, en plena labor de campo, es asaltado por lugareños, celosos de que alguien pueda alzarse con el valor material de las riquezas descubiertas. Sofocado el motín popular, cuando el investigador pretenda proseguir sus esenciales estudios de datación del hallazgo encontrará el yacimiento arrasado por la barbarie local.

No recuerdo en qué ocasión describió Delibes los tres componentes que, para él, son sustanciales en una novela: un hombre, una pasión y un paisaje. Toda su novelística gira en torno a esos tres elementos y a esa concepción responde, también, «El tesoro». Unos personajes sucinta, pero suficientemente caracterizados, situados en el paisaje de la España irredenta, dan lugar a una tragedia que deja al descubierto las malas pasiones enraizadas en la incultura y su secuela, el incivismo. Y, como es habitual en Delibes, tan sencilla, aunque dura, historia encubre un alegato contra el atraso y la ignorancia. Así, el escritor continúa en esta novela esa exploración de hábitos —morales y sociales— de las pequeñas colectividades rurales de nuestro tiempo que emprendió hace varios lustros y la culmina con esta reactualización de un Fuenteovejuna avieso y estúpido.

La anécdota argumental está presentada mediante una configuración muy tradicional, basada en un relato lineal que

progresa, paso a paso, durante los tres días que dura la acción. Las cuestiones formales no parece que le hayan preocupado mucho al autor, y se diría que su meta no ha sido otra que narrar con habilidad profesional y con pulcritud. Nada le desvía de su primerísimo propósito, contar una historia interesante y aleccionadora. Para conseguir ese objetivo hay que reconocer el acierto de haber incorporado un componente de intriga que mantiene el suspense hasta la última página del libro. El final puede predecirse, aunque no en su detalle concreto, pero no por ello es menos eficaz la incertidumbre de cómo terminarán los sucesos. Con igual propósito de animar el relato se intercala una leve e interesante historia de amor, que proporciona calor humano y emotividad al conflicto.

El estilo de «El tesoro», de frase simple y de léxico sencillo (con algunas voces populares de esas que tan certeramente rescata siempre nuestro autor) resulta muy adecuado a una fábula también sencilla, aunque da la impresión de que Delibes no se ha propuesto grandes exigencias expresivas. A veces, sin embargo, sorprende que un escritor cuidadoso y atento baje la guardia y caiga en algunas deficiencias que afean la prosa; por ejemplo, la desmesurada abundancia de advverbios en mente es de todo punto condenable.

Es, sin duda, «El tesoro» una novela menor, de no muchas ambiciones, pero que se lee con gran facilidad y que, aparte entretener al lector, le trasmite unas inquietudes y le alerta sobre la desnaturalización de algunos comportamientos. En fin, no se trata de una novela de grandes pretensiones, pero ocupa un digno lugar secundario en la trayectoria creativa de su autor. Es más, si por sus reducidas dimensiones se hubiera presentado como una novela corta, tal vez las expectativas del lector —que suele esperar y exigir mucho de un escritor consagrado— serían más ajustadas a su real importancia.

● Mala ★ Interesante ★★★ Buena
★★★★ Muy buena ★★★★★ Obra maestra

CRÍTICA DE MÚSICA

Opera antiópera

Tomás Marco

Obra: «La ópera de cuatro notas», de Tom Johnson. Intérpretes: Adelina Alvarez, soprano; Silvia Levinson, mezzosoprano; Alfonso Ferrer, tenor; Fernando Fernández, bajo; Valentín Elcoro, piano. Director de escena: Rafael Pérez Sierra. Lugar: Escuela Superior de Canto.

CALIFICACION: ★★

El Centro para la Difusión de la Música Contemporánea ha presentado la versión escénica de «La ópera de cuatro notas», del compositor americano Tom Johnson. Se trata de una obra que musicalmente se inserta en las corrientes minimal y repetitivas y que, al mismo tiempo, es una antiópera o más bien una parodia de ópera, italiana por supuesto, que tiene la influencia confesada de los «Seis personajes en busca de autor», de Pirandello.

Aquí son cuatro personajes típico-tópicos de la ópera que ensayan una obra del género compuesta por escenas arquetípicas, tics de la psicología de los cantantes y escenas de un humor sutil pero profundo. Y resulta aún más pertinente visto en el escenario de una escuela de canto.

Adelina Alvarez, Silvia Levinson, Alfonso Ferrer y Fernando Fernández fueron los estupendos cantantes que la realizaron con un muy buen acompañamiento pianístico de Valentín Elcoro. Y la puesta en escena de Rafael Pérez Sierra fue adecuadísima.

La obra de Johnson tiene además el aliciente adicional de que su juego humorístico lo realiza sin salirse de la técnica y estética elegidas que maneja con auténtica maestría.

● Mala ★ Interesante ★★ Buena
★★★ Muy buena ★★★★★ Obra maestra

Se estrenará en Madrid el próximo mes de febrero, bajo la dirección de Manolo Collado

Miguel Delibes prepara la adaptación teatral de su novela «La hoja roja», publicada en 1959

El escritor vallisoletano Miguel Delibes está acabando la versión teatral de su novela «La hoja roja», publicada en 1959, que se estrenará en Madrid el próximo mes de febrero con dirección de Manolo

Collado. Delibes, que acaba de publicar hace escasos días su último libro, «El tesoro», prepara ya una nueva novela «sobre personajes marginales de la Castilla rural.

Ana García Rivas/D-16

MADRID.—La versión teatral de la novela de Miguel Delibes «La hoja roja» se estrenará en Madrid el próximo mes de febrero bajo la dirección de Manolo Collado, con adaptación del propio autor, que la publicó en 1959.

El productor del montaje será Juanjo Seoane, y el escenógrafo, Alfonso Barajas, aunque todavía está por decidir quiénes serán los actores que la interpreten. «La hoja roja» tiene como principales personajes a un anciano jubilado de setenta años que ve que a su librito de papel de fumar le sale la hoja roja, la que avisa de que se acaba, que sólo quedan cinco papillitos más, el simul de lo que también está pasando por su vida. El otro personaje central es su criada, una muchacha joven y analfabeta, recién llegada del pueblo, que también se está quedando sola, aunque sea por motivos diferentes.

Miguel Delibes, uno de los mejores escritores de España, cuyas obras se adaptan frecuentemente al cine con éxito —«Los santos inocentes», que les valió a Francisco Rabal y Alfredo Landa el premio de interpretación masculina en el Festival de Cannes de 1984, y que ha sido la segunda película más taquillera del cine español— está estos días acabando la adaptación teatral de «La hoja roja».



Delibes está terminando de adaptar «La hoja roja». ROSA CAMPOS/D-16

«Adaptar «La hoja roja» —dijo Delibes a Diario 16— era una vieja idea mía, tan vieja como la novela. Hace dos veranos me metí a hacerla, pero hice una adaptación pobre, reduciendo los escenarios y los personajes, un poco a la medida de los escasos medios con que se hace el teatro. Pero en vista del entusiasmo que están poniendo productor y director, estoy haciendo una readaptación de la adaptación enrique-

ciéndola con los elementos que antes le había negado.» Collado dice que no se van a escatimar medios, «va a tener siete escenografías diferentes, será como una superproducción cinematográfica, pero en teatro».

El cine ha hecho muchas incursiones en la obra de Delibes, pero en teatro sólo se ha hecho anteriormente «Cinco horas con Mario», un monólogo de Lola Herrera, que permaneció

varios años en cartel. «Lo del cine —dice Delibes— es una técnica muy especial, yo me he limitado siempre a intervenir «a guión hecho», pero he tenido la suerte de que Mercero, Giménez Rico y Camus han tenido en cuenta las indicaciones que les hice, por eso no puedo quejarme de cómo me ha ido al ser adaptado en cine. Pero la técnica teatral me resulta más próxima, los diálogos me salen con bastante fluidez.»

Miguel Delibes no ha introducido ninguna modificación en «La hoja roja», que escribió en 1957. «He sido absolutamente fiel al texto original porque la comedia sigue fiel a la época en que se desarrolla, y también porque los personajes tienen una calidad humana definida que no quiero cambiar.»

Ahora va a coincidir en el tiempo la adaptación teatral de «La hoja roja» y la cinematográfica de «El disputado voto del señor Cayo», cuyo rodaje comenzará Giménez Rico hacia el mes de febrero. «Eso está muy avanzado. Ya he revisado el guión, nos hemos reunido y estamos de acuerdo en las modificaciones que se le van a introducir.»

Miguel Delibes, mientras tanto, está escribiendo un libro sobre Castilla, «más exactamente sobre personajes marginales de la Castilla rural, que estará terminado en mayo o junio, y editado posiblemente en el mes de julio».

MAÑANA, ESTRENO EN LOS CINES

RIALTO

LA VAGUADA 2

Hay muchas razones para temerle a la oscuridad.

NOCHE DE MIEDO

Si le gusta sentir terror, esta será una noche sensacional.

COLUMBIA PICTURES PRESENTA UNA PRODUCCION VISTAR FILMS, UN FILM DE TOM HOLLAND

«NOCHE DE MIEDO»

CHRIS SARANDON

WILLIAM RAGSDALE

AMANDA BEARSE

STEPHEN GEOFFREYS y

RODDY McDOWALL

EFFECTOS ESPECIALES VISUALES DE RICHARD EDLUND, A. S. C.

MUSICA DE BRAD FIELD PRODUCCION POR HERB JAFFE

ESCRITA Y DIRIGIDA POR TOM HOLLAND

DOLBY STEREO DE I. P. H. I.

EN SALAS ESPECIALES

NOUEVA FILMS

© 1985 COLUMBIA PICTURES INDUSTRIES, INC. ALL RIGHTS RESERVED



NO RECOMENDADA PARA MENORES DE 13 AÑOS

Presentó su novela «Las rayas blancas»

Jaime Salom: «El sistema burgués es más cruel que cualquier terrorismo»

Joaquín Arnaiz/D-16

«Mi novela es una crítica, desde el interior de la burguesía, de un sistema burgués que, visto desde dentro, es más terrible y más cruel que cualquier terrorismo», afirmó Jaime Salom en la presentación de su nueva novela «Las rayas blancas».

Jaime Salom ha sido uno de los autores teatrales que más éxitos cosechó en el teatro de posguerra español. Entre sus obras más conocidas hay que citar: «El baúl de los disfraces», «La casa de las Chivas», «Los delfines»... En «Las rayas blancas», primera novela que publica, cuenta la vida de un industrial de mediana edad que, casado por interés con su mujer, se atreve a enamorarse de una chica joven. Tal hecho pronto será rechazado por la sociedad que le rodea.

La presentación tuvo lugar en el modernista y hermosísimo edificio de la Sociedad General de Autores y comenzó con una breve intervención del presidente de la SGA, Juan José

Alonso Millán, y siguió con unas palabras de Mónica Fainberg en nombre de Editorial Planeta, que es quien ha publicado la novela de Salom, y una extensa introducción a la vida y obra de Jaime Salom a cargo del presidente de la Real Academia de la Lengua, Pedro Laín Entralgo.

Laín Entralgo señaló «las tres vías sucesivas de Salom: oftalmólogo, dramaturgo y, ahora, novelista». E indicó que su prosa «estaba llena de sutileza y es excelente, sabia, fina y eficaz». Subrayó del mismo modo Laín Entralgo que esta novela «trasciende la propia trama. Esta trascendencia es la clave de la gran novela realista. Lo importante es el símbolo de libertad que Salom consigue con su novela».

Agregó el académico Laín Entralgo que, en esta obra, Salom «se muestra en su madurez como narrador. Ahora, que está, con palabras de Keats, en la melada plenitud frutal del hombre, se nos manifiesta como un novelista hecho y derecho. Ha creado una novela con un ideal dentro».

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

CUANDO quien escribe estas líneas cursaba el segundo año de Bachillerato en el instituto de Toledo —y ya ha llovido— empezó a asistir a las clases de gimnasia, impartidas por una de esas figuras de características imborrables que han pasado por la vida de cualquiera, y que vuelven en el tiempo con su personalidad, sus actitudes y sus frases. Con don Salvador era fácil aprobar. Era igual que correrías con más o menos estilo o que no acertaras a trabar los pies para ascender por la cuerda sin nudos, pero era imprescindible, para pasar al curso siguiente, saberse de memoria el pensamiento de Ramón y Cajal. Debajo de un retrato del sabio se leía la prosa autógrafa de noble intención didáctica: «Hartas veces se ha dicho que el problema de España es un problema de cultura. Urge, en efecto, si queremos incorporarnos a los pueblos civilizados, cultivar intensamente los yermos de nuestra patria y de nuestro cerebro, salvando para enaltecimiento y prosperidad de España los ríos que se pierden en el mar y los cerebros que se pierden en la ignorancia».

Muchas veces, leyendo a Delibes, ha saltado a nuestra memoria aquella clase en la mañana fría, como ese frío de España, siempre en guardia y prevenida ante la cultura, y esos hombres que discurren por una novelística de profundos y vigilantes valores humanos, buscando ejemplos vivos, amargos de entramado complejo y dramático, y que podrían resumirse —y no es bueno el vocablo— en alguna actitud, en alguna frase de este infatigable creador que es el autor de *El tesoro*. En este libro, y en un momento cumbre de la narración, se toca, una vez más, el tema áureo y cruel, que no por reiterado resulta menos ineludible. Cristino, enarcando las cejas, dice: «Como todo en el país, esto es un problema de escuelas».

Lógicamente, Miguel Delibes no ha escrito una formidable novela corta para decirnos esto, pero de la lección sabida se alza la lección, y también la belleza, trascendentes. El descarnado acercamiento del novelista a los hombres de una tierra, que se sabe tan bien, es siempre una aventura que va de la ternura a la crudeza, y que nos hace pluralmente responsables de una evidencia tristísima, que todos teníamos que sabernos desde niños: «El problema de España es un problema de cultura». Y en esa ignorancia de nuestros pueblos, alimentadora de bajos instintos, y tantas veces alimentada por estamentos más altos —es un decir— y peores, se debaten unas vidas desamparadas, mezquinas en su proceder, encubiertas en su poquedad, hastiadas en su rutina.

El tesoro es una novela ejemplar, de una moralidad honda que subyace en esas propuestas de Delibes de una humildísima y aparente sencillez. Creemos que una de las claves del éxito creciente del autor de tantas obras —repetimos, engañosamente elementa-

El libro de la semana

EL TESORO

MIGUEL DELIBES

Ediciones Destino. Ancora y Delfín. Barcelona, 1985

les— está en levantar sus edificios de ficción sobre unos pilares de fundamental responsabilidad humana. El no tiene que acudir a enrarecimientos de lenguaje, distorsiones en los personajes, circunloquios argumentales. La sorpresa, el interés, el dolor, la tensión de



sus fábulas son siempre efectos que no parecen preparados. Prestidigitador de alta —habría que decir, de honda— escuela, nos hace seguirle sin que pensemos un momento que estamos inmersos en el gran juego que es la literatura y que nos colocamos, ante algunas páginas escritas, como ante un espejo terrible que, primero nos refleja, y luego nos lleva mucho más allá. Claro que esto no nos ocurre más que en los casos contados de los grandes escritores.

El tesoro es una historia breve, admirablemente contada, donde nos parece imposible que, leídas las primeras páginas, el autor sea capaz de devanar una madeja de tan fina y también compleja estructura. Un grupo de arqueólogos avisados por la casualidad de que se ha descubierto un tesoro en un pequeño pueblo, se aprestan a cumplir su cometido investigador. Para esos científicos, honestos y también esforzados, el hallazgo del oro es de menor entidad. Su misión consiste en descubrir algo más importante: las raíces de una cultura. Pero la avidez de riqueza de los habitantes de la comarca se enfrenta con la tarea de los intrusos. Se oponen a las excavaciones y, por su cuenta y riesgo, prohíben las escarbaciones. La gradación de los sucesos, la ascensión, emotiva y dramática del relato están trazadas con mano maestra. Porque, aunque no debemos desvelar los datos argumentales, sí hemos de decir que la tentación de la tragedia no ha llevado al novelista a un catastrófico desenlace. *El tesoro* es prueba de fuego inigualable para darnos el temple y la solidez de un autor que no necesita de recursos espectaculares para conseguir la eficacia artística de sus invenciones.



Otro de los aciertos de la noela es el empleo del lenguaje en su máxima densidad, en su justeza de expresión. Puede sorprendernos en algún momento la presencia de

un vocabulario técnico que resulta indudablemente lógico en labios de los especialistas, como es adecuado y siempre necesario el empleado por los hombres de ese pueblo exaltado, y el crudo y coloquial de todos los personajes dentro de la peripecia dramática. Hay que saber que la gente habla así, y el oído más puritano y escrupuloso no tiene más remedio que aceptar esa lengua, de la que el novelista es notario fiel. La gratitud de la palabrota nos asedia hoy en multitud de obras y géneros estudiadamente escandalosos, pero en Delibes estas formas de expresión responden a una realidad observada con objetividad y limpieza por parte del escritor. Esto es algo que debe aceptar el lector de hoy y que le hará distinguir en el creador de un texto literario lo que es riguroso y necesario y lo que quiere conseguir un falso relieve, desvergonzado en la forma, para alterar algunas también falsas pudibundeces.

Miguel Delibes en *El tesoro* está en todo momento sirviendo a las exigencias de una realísima proposición dramática que se alza en un escenario perfectamente posible. (Parece que empleo términos teatrales, y esa es mi intención). El autor de esta novela está conquistando la atención de un público que necesita intensidad y emoción inmediatas sin menoscabo de otros valores específicos de la novela considerada como género diferenciado. En un espacio breve, como ya hemos indicado, la acción logra distintos momentos críticos. El clímax definitivo está precedido por momentos de tensión que amenazan con desembocar en una fatal solución. Los personajes se revelan y se relacionan con un estrecho compromiso, sin impertinentes dilaciones. La figura del Delegado, como ejemplo revelador de la mano hábil del novelista, es un dibujo crudo del que era muy difícil salir sin excesos caricaturescos.

No nos parece necesario ese final feliz, acaso un poco precipitado, y tentador cinematográficamente, para que, «con un largo travelling —me resisto a escribir *travellín*, que ya recoge nuestro diccionario— la chica corra hasta llegar a los brazos abiertos del chico. Esto, naturalmente, no lo escribe Delibes, pero siempre se puede esperar lo peor de algunos adaptadores al uso... No, *El tesoro* es un modelo de novela breve, acertadísima en su economía verbal, sugestiva en un intensidad y aleccionadora en su propósito. Lo mejor de su aire —«aire nuestro», había dicho el poeta— es que nos quita el resuello para hacernos respirar hondamente después, porque nos asoma a la dignidad y a la responsabilidad del hombre verdadero.

José GARCIA NIETO
De la Real Academia Española

18-XI-85



EL PAIS

Miguel Yuste, 40. 28037 Madrid. ☎ (91) 754 38 00. Télex: 42187 / Zona Franca, Sector B, calle D. 08004 Barcelona. ☎ (93) 336 48 00. Télex: 97940
 Hurtado de Amézaga, 1, 1ª A. 48008 Bilbao. ☎ (94) 444 57 00 / Paseo de las Delicias, 1, 2ª D. 41001 Sevilla. ☎ (954) 22 33 78 / Moratín, 11, 11ª. 46002 Valencia. ☎ (96) 352 11
 Depósitos legales: M. 14951-1976 y B. 35294-1982. © PRISA, Madrid, 1985. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de
 ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial

LA ELIPSE



Monseñor Gabino Díaz Merchán.

11 lunes

Cuando la izquierda se impone por votos, eso se llama absolutismo. Cuando el absolutismo se impone por muertos, eso se llama España eterna. Los obispos denuncian ahora la tendencia al absolutismo político en España. Pero los obispos españoles bendijeron, cuando la Cruzada, el absolutismo de la España eterna, y todavía no se han confesado de eso. Monseñor Merchán, presidente de la cosa episcopal, va, llega, coge, agarra, se santigua y dice:

—Hay una tendencia al absolutismo político en España.

Con un par. Con un par de jaulatorias.

—¿Usted cree, don Merchán?

—Hay un peligroso vacío de participación.

A los diez millones de votos lo llama "un peligroso vacío de participación". ¿Qué es lo lleno y lo vacío para la teología? Ni se sabe. La Iglesia española tendría que empezar por ir a confesar sus culpas a Roma, que todavía no han ido. Miguel Delibes publica *El tesoro* (Destino). La Castilla profunda en la prosa macho de Delibes. Un tesoro celta, prehistórico, en la entraña de la provincia de Valladolid. Somos, pues, más arqueológicos que religiosos. La arqueología es la ciencia escéptica por excelencia, pues sabe que toda cultura viene de otra cultura, que toda religión viene de una religión anterior. No hay, pues, España eterna, señores episcoarzoobispaes.

—¿A qué llamamos España? —me pregunta maestro Laín.

A una cosa muy anterior a la España cristiana, jefe. A una cosa que había aquí y que somos todos nosotros, incluidos tú y yo, Miguel Delibes y el tesoro de su novela.

13 miércoles

Me hacen una larga entrevista para *Nueva* sobre la elegancia masculina, de la que no soy sujeto, precisamente. Y se lo digo a la bella entrevistadora:

—El español nunca ha sido elegante hacia el futuro, sino hacia el pasado. Aquí nos parece o nos parecía que ser elegante era llevar los botines de piqué de nuestro abuelo.

En la política, como en la moda. Hay muchos políticos de la derecha y de la izquierda que querrían volver a ponerse los botines de piqué: retórica parlamentaria, turno de partidos. Los obispos, como nunca han podido llevar los mundanos botines, parece que tienen el trauma freudiano de los botines. Querrían una España de piqué para salvar "el peligroso vacío de participación". Y a ser posible, en fiacre.

15 viernes

Roldán y yo presentamos nuestro libro *El fetichismo*, en Heller. Lo que nos ha faltado es estudiar, hombre, en qué medida el fetichismo erótico es una creación religiosa, que se remonta a la Segunda Edad de Hierro,



Miguel Delibes.

como el tesoro de Delibes. Tiene uno escrito en este dietario que el incesto es una creación de la ley. El fetichismo es una creación de la ley religiosa, empezando por los iconos sacros. El absolutismo religioso, pues, ha acompañado al hombre desde el Neolítico y desde antes. La denuncia de un absolutismo que no es sino unanimismo, por parte de monseñor Díaz, es, en principio, una denuncia que no debiera hacer él. Que no debiera hacer la Iglesia. Yo no sé, ni me importa, si FG está abusando de sus diez millones de papeletas. Sólo veo que la Iglesia, sin haberse sometido jamás a papeleta, está abusando de Felipe.

17 domingo

La Reina ha inaugurado en estos días la Fundación Menéndez Pidal. Por Menéndez Pidal sabemos que todo, en España, es más antiguo de lo que parece. ¿Hasta cuándo ese invento de la España inmanente, piedra sobre la que Pedro no edificó nada? Fernández Ordóñez se ha manifestado en Luxemburgo por Nicaragua. Me lo dice José Luis Coll, en la alta madrugada:

FRANCISCO UMBRAL



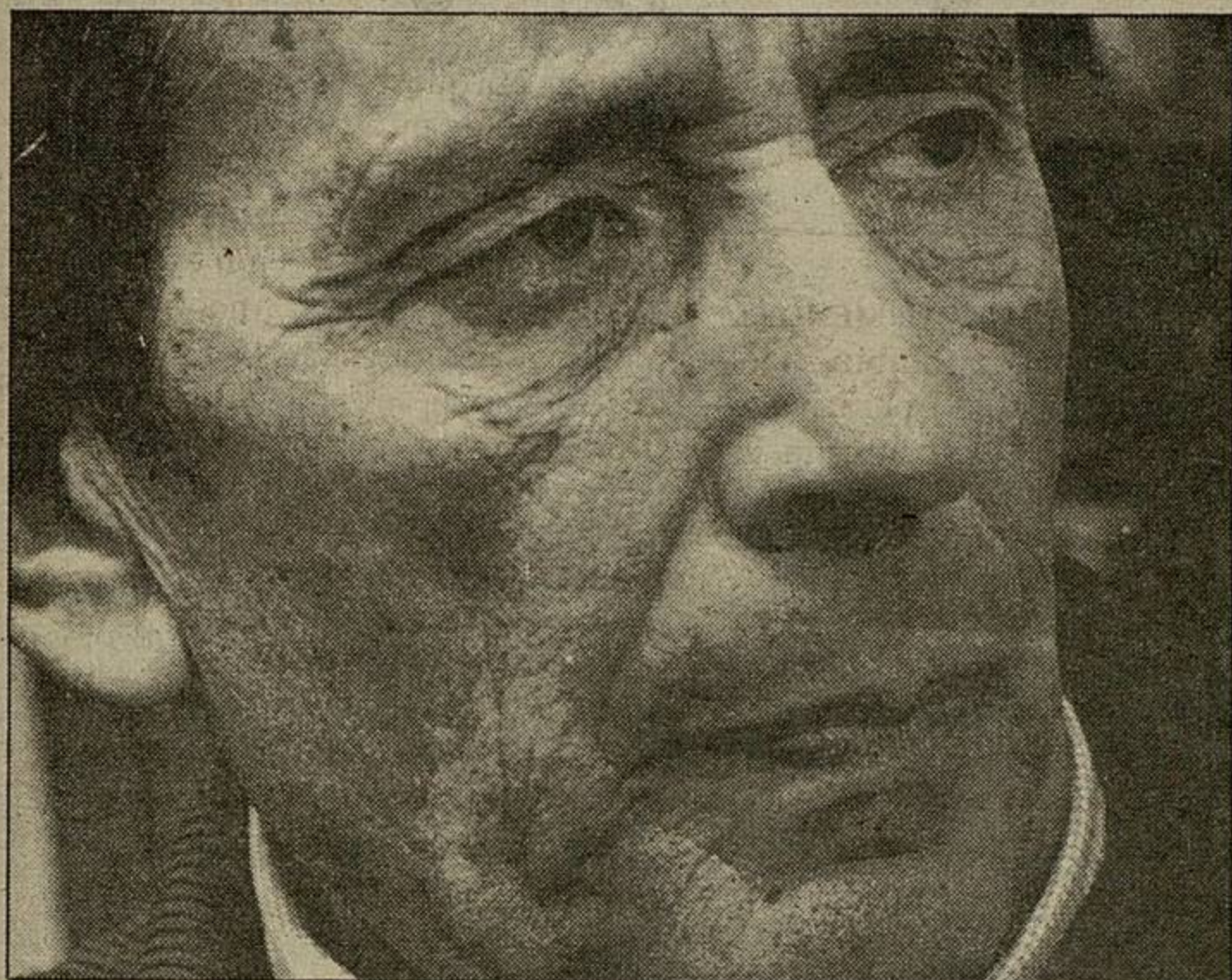
Coll y Fernández Ordóñez.

—España descubrió América. Para que escarmiente.

O estamos con Fidel Castro o estamos con los misioneros que bendecían los genocidios. España pudo hacerse más profunda en América, pero prefirió abolir aquella antigüedad. *El tesoro* de Delibes no es sino una sencilla parábola de la intuición descubridora de Castilla, tierra que empieza por descubrirse a sí misma. El nacionalcatolicismo cree que España es su parroquia, pero los españoles datamos de mucho antes, o, por decirlo con aquel noble pretencioso y desmesurado:

—Nosotros no datamos.

Va siendo día y hora, sí, de que la Iglesia española comprenda que España no es un invento suyo, y que cuando un partido gana unas elecciones democráticamente, ellos están poco informados para llamarle a eso absolutismo, por muy abultado que haya sido el tanteo, y cuando más abultado, menos razones. Según las urnas, y el laicismo connotado de todo voto socialista, don Merchán no tiene ninguna autoridad para hablar de absolutismo en España. La única institución "absoluta" que nos queda aquí es precisamente la Iglesia asamblearia, con sus asambleas episcopales. El asambleísmo, don Merchán, es, como usted sabe, un recurso vicario en contra del democratismo. O sea, que está democráticamente descreditado. No es usted sino el digno pseudónimo del absolutismo.



Miguel Delibes.

CHEMA CONESA

Delibes: el reposo del guerrero

El tesoro

Miguel Delibes. Destino. Barcelona, 1985. 128 páginas. 825 pesetas.

RAFAEL CONTE

¿Puede un escritor, cuando lo es de verdad, dejar de serlo alguna vez? El fantasma de Rimbaud, o la silenciosa presencia innumerable de Juan Rulfo se nos vienen a la mente cuando se plantea esta pregunta. La respuesta está clara: un escritor puede dejar de escribir, pero nunca dejara de serlo. Rimbaud escribió durante tres años y

calló durante más de cuatro lustros, Rulfo lleva callado treinta años, y todo da igual: siguieron y siguen siendo escritores, su obra nos sigue hablando sin cesar, han vencido a la memoria, al tiempo y a la muerte.

He traído a colación estos altos nombres de la literatura universal para colocar en su verdadero contexto este libro de Miguel Delibes, figura señera de nuestras letras, maestro indiscutible desde hace casi 40 años, autor de una obra considerable, prolongada, tenaz e incorruptible, ejemplo de honesti-

dad civil y de rigor estético, que sobrevive y sobrevivirá a pesar de sus —escasas— vacilaciones y hasta errores. *El tesoro* acaso venga ahora a desencantar a los lectores, dada su escasa envergadura, su aparente esquematismo y su rápida desenvoltura.

Da igual: sus lectores —entre los que me cuento a pies juntillas— no se sentirán defraudados. Pese a estas apariencias de fragilidad e inconsistencia, *El tesoro* es una novela breve escrita con transparencia y hondura, excesivamente rápida acaso, y que se agota en la descripción de un único suceso sin pretender ir más allá. Pero es una pequeña obra de arte.

Ya se sabe que el mejor Delibes es el que nos cuenta su propio contacto con Castilla, sus hombres y su naturaleza, y el otro, el menos convincente, el que se empeña en transmitirnos una lección moral. Al primero pertenecen la primera parte de *La sombra del ciprés es alargada*, y esas obras maestras que son *El camino*, *Las ratas* y el *Diario de un cazador*. Al segundo pertenecen *Mi idolatrado hijo Sisí*, la *Parábola del naufragio* —a pesar de sus veleidades vanguardistas—, *El disputado voto del señor Cayo* y las *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*. *El tesoro* podría pertenecer a este segundo grupo, pero se salva en parte por su falta de pretensiones. Y no se olvide que, cuando ambas líneas se unen, surgen obras como *Cinco horas con Mario* o *Los santos inocentes*.

En *El tesoro*, un grupo de jóvenes arqueólogos viaja a un pueble-

cito castellano donde se ha producido un hallazgo de gran riqueza. El tesoro ha sido descubierto fraudulentamente por un vecino del pueblo rival, y el juego de estas rivalidades, las ambiciones en torno a las posibles recompensas, la incultura y la brutalidad de los campesinos desembocan en la catástrofe final.

La lección es evidente y la historia está contada de un trazo, con toda rapidez y sin pretender más significados. Es una breve fábula moral y colectiva que se queda corta precisamente por su falta de ambición, por su renuncia a calar —excavar— más profundamente. Algunos detalles son excesivamente fáciles, como las dificultades en los amores del joven jefe de los arqueólogos, o la caracterización sumaria —“ojos soñadores”— del mismo personaje. El encuentro final es de cuento sabido, desde luego. Pero el juego de las siluetas, las leves descripciones de la naturaleza y el ritmo de la historia suenan al Delibes de siempre, a la mano oculta del maestro.

Pero el resultado no es malo, ni mucho menos; este libro se lee con gusto, de un tirón, y está escrito por su autor. De ahí mi sorpresa ante la dureza de algunas críticas recientemente aparecidas, sobre todo si se contraponen a la indulgencia con que son tratados productos lamentables de la más putrefacta índole comercial. Un respeto, por favor. Delibes no nos ha dado su mejor libro, pero sigue siendo una presencia indiscutible y total, que tenemos la obligación de seguir mereciendo.

«El tesoro» de Miguel Delibes

La parte oculta del iceberg

FERNANDO HERRERO

I. Dos mundos confrontados.

La tremenda precisión del lenguaje de Miguel Delibes hace absolutamente creíble «El Tesoro», historia aparentemente sencilla, pero que pone al descubierto una esencial problemática de la vida moderna: la eterna contienda entre los conceptos de cultura y naturaleza. El término «sencillo» lo refiero sólo a la anécdota y parte principalmente de la esencialidad absoluta del relato. Las historias laterales simplemente se sugieren (con esa precisión citada) y es el descubrimiento de un tesoro arqueológico en un pueblo el signo fundamental de la obra, que se desarrolla sin la menor retórica (esa difícil sencillez de lo perfecto) hasta su descorazonadora conclusión. Todo contado de una forma suave, sin estridencias, sin puntos fuertes de esos que se llaman dramáticos, como si no fuera posible hacerlo de otra manera. Es así, y ya está, parece decirnos Miguel Delibes. Y no tenemos otro remedio que darle la razón.

Pero detrás de esta historia sencilla existe un hervor, una corriente interna que enriquece de forma total la anécdota, que la significa en su esencialidad y que llega a estratos muy profundos en el comportamiento de los sujetos, definidos magistralmente en dos trazos. Así, a los hechos narrados es necesario superponer todo un conjunto subterráneo de tensiones, presentes y pasadas, cuya constatación se verifica en determinados momentos del relato, correspondiendo a cada lector llenar los huecos y construir el personaje diseñado. Por ejemplo, don Virgilio el Coronel, don Lino o la Pelaya, fundamentales para la comprensión total de los sucesos. Uno de ellos ha muerto, el otro sale en breves páginas, y la mujer es únicamente una referencia. Pero está ahí la clave que Miguel Delibes nos ofrece desde la depurada austeridad de su planteamiento estético.

Dos mundos opuestos que sólo se conciertan en la falsa anuencia de una reunión en la que los tópicos, las frases hechas se superponen a la realidad. Por una parte la Administración que intenta llevar a cabo sus trabajos arqueológicos, por otra el pueblo que se considera estafado e injuriado y solicita se le pida a él, a su conjunto, el oportuno permiso. Detrás de esta hosca negativa laten muchos años de odios y rencillas, de infranqueables barreras de insolidaridad, de desconfianza en el poder de fuera que permite la opresión de dentro. Los personajes son absolutamente verdaderos. De una parte la ciudad. Madrid, el subdirector, Paco, Jero, el protagonista si es que existe alguno, sus ayudantes, alumnos alumbrados por la pasión arqueológica. Junto a ellos los de provincias, el delegado, Pablito. También en cierta forma don Lino que está a caballo de los dos mundos. El pueblo

después: las fuerzas vivas, el pastor y la masa con el contrapunto de la señora que da de comer a los arqueólogos, neutral testigo. Todo este pequeño núcleo de personas forma un microcosmos revelador que nos dice más profundamente que un grueso tratado de sociología el porqué de unas conductas o unas convenciones.

Microcosmos que parte de la confrontación de miras y objetivos: el subdirector general ha politizado su vocación que Jero asume, no sólo en la labor docente, sino en la actividad concreta con entusiasmo que se va mitigando, sus ayudantes, ex-alumnos tienen aún la fiebre del descubrimiento en los ojos. El delegado es una pomposa figura a la que importa la aparente concordia y que exhibe su habilidad de negociar como mérito supremo. En Don Lino la codicia un tanto desconfiada es el elemento motor de su actividad en ese caso mucho menos limpia que el trabajo de su antecesor y rival, otro personaje referido y la prepotencia que le ha situado en situación de confrontación con el pueblo. Pablito es personaje ambiguo que oscila entre la sumisión a los poderes de Madrid y sus trabajillos directos más o menos insinuados. En conjunto una serie de seres que, desde una situación especial, aparecen creíbles y verdaderos, desde unos «subtextos» cuyas claves proporciona el novelista con una admirable e inimitable economía de medios.

II. El pueblo y su inconsciente.

Si la sutilidad de Miguel Delibes es total en el conjunto del relato, se hace mucho más profunda en el retrato de ese pueblo: Gamonal, que parece a la vez la radiografía de tantos otros. La capacidad de observación del escritor vallisoletano llega a un extremo no alcanzado anteriormente. «El camino», «Las ratas», «La guerra de nuestros antepasados» y muchos otros cuentos habían incidido en ese contexto. En «El tesoro», y siempre desde este despojamiento esencial que le caracteriza, ha mostrado Delibes el conflicto en todas sus estrías y múltiples desarrollos. Las fuerzas vivas por una parte: Alcalde que intenta jugar a varias barajas, secretario, concejales y el grueso del pueblo. La descripción del Concejo Abierto muestra en su concisa brevedad todo lo que opone este cuerpo vivo al cuerpo oficializado y mostrenco. Los síntomas de una cierta neurosis colectiva se han ido detectando en las escenas anteriores. Ahora es simplemente una conclusión formal. Las relaciones entre lo oficial y lo real se han roto unas horas antes.

Ningún idealismo, ninguna complacencia sentimental. «Cuestión de educación», dice uno de los personajes. Una oscura nube de rencores subyace en ese núcleo de pocas viviendas y escasos habitantes. La lucha por el poder, por los límites de la

tierra, la envidia y la tensión continuada con el pueblo vecino, la sensación inevitable y pesimista del expolio continuado. Los pecados capitales a flor de piel o disimulados en ese intercambio de silencios pesados, de miradas, de complicidad más o menos ocultas, de ausencias significativas. Jero encuentra no sólo la hostilidad real, sino algo más profundo, una latente atmósfera de odio que se canaliza en el tesoro encontrado, en la excavación que les es arrebatada. Un ritual del resentimiento opera paralelamente a las situaciones de falsa concordia que parecía solucionar el problema. Al final, los espantapájaros colgados de las figuras odiadas, el tractor incendiado, la obra arqueológica destruida. El odio rezumado ha sido más fuerte y la subterránea corriente que transformaba el plácido lugar. Pueblo casi deshabitado, en un microcosmos de rencor y envidia triunfa aparentemente. La aguda mirada de Miguel Delibes no toma partido y observa este haz y envés de la realidad punzante que afecta a todos los seres humanos en colectividad, sea ésta de la índole que sea.

Reflejar en tan breves páginas el subconsciente colectivo de una comunidad, sin atribución específica y concreta de culpabilidad a uno y otro lado, es tarea que sólo grandes escritores pueden afrontar con éxito. Puedo decir, como constatación sociológica, que por mi trabajo profesional conozco en profundidad muchos pueblos de la provincia y en algunos he observado idéntico o parecido síndrome colectivo. Más allá de las reducciones al uso, la relación ciudad-pueblo, la visión intrínseca de éstos constituye una experiencia esencial. Delibes apunta muchísimas cosas que es necesario reflexionar con tiempo.

III. Del amor.

En «El tesoro» los personajes femeninos principales están ausentes: la famosa Pelaya, colgada en la eficie como Don Lino; Pila, la esposa del subdirector general que se ocupa de sus hijos, y Gaga la compañera de Jero que aparece sólo en la página final de la obra, como un tierno contrapunto al fracaso de éste. El «cuánto te necesito» que cierra la novela es sumamente significativo y abre el otro mundo que, en cierta forma, acentuaba en su desarrollo. Es tal vez, dentro de esta pesimista (o al menos así la veo) visión del mundo, el leit-motiv de la redención por el amor, lejos claro de la retórica y espectacularismo wagneriano.

Entre el lazo de situaciones que se vislumbran, interna o externamente en el texto, la codicia, la envidia, el rencor, la sumisión o la autenticidad (este breve acto de amor supone el punto de esperanza), Miguel Delibes —¿es necesario hablar del perfecto lenguaje, de la escritura esencial y cierta?— nos ha dejado un texto insólito cuya apariencia externa es nada más que la parte visible de un iceberg que comprende nada menos que el mundo en todas sus complejas tensiones. Lo individual y lo colectivo se aúnan en una confrontación que no tiene vencedores ni vencidos, y que es por curiosa paradoja, rabiosamente actual y universal, por encima del tiempo y espacio concretos en que se desarrolla.

LOTERIA DE NAVIDAD

La empresa «MARMOLERA VALLISOLETANA, S.A.», con domicilio en Peñafiel (Valladolid), hace saber:

Que por haberla sido sustraído por robo un talonario sellado por esta empresa y numerado del 301 al 400, ambos inclusive, de participaciones al NUMERO 55.456, para el sorteo de la Lotería Nacional del día 21 de diciembre de 1985, firmados del 301 al 385 inclusive, y resto solamente sellados, advierte queda anulado referido talonario.

Lo que se hace público para general conocimiento y efectos.

Peñafiel, 13 de noviembre de 1985.

TRAS



LECTURAS

«EL TESORO»

Relato, por Miguel Delibes. Vol. 590 de Ancora y Delfín. Ediciones Destino, S. L. Barcelona, 1985.

Esta es la historia —breve historia— del hallazgo de un tesoro —un cúmulo de joyas prehistóricas— encontrado en una zona lindante con terrenos acotados para excavaciones arqueológicas. El descubridor ha usado, seguramente, un detector de metales; ha buscado, por tanto, de mala fe, sin licencia de excavar, ni propósito alguno científico, tan sólo deseoso de lucrarse con el posible hallazgo. Los técnicos de la Dirección General de Excavaciones están convencidos de ello y aunque no se oponen a la indemnización que al descubridor le corresponde legalmente, querrían poder demostrar la mala fe que en él presumen. El relato cuenta sus conversaciones, sus actuaciones propiamente arqueológicas y la hostilidad que los vecinos del pueblo del tesoro les demuestran. Hostilidad basada, más que en codicia, en odio hacia los habitantes del pueblo limítrofe que van a ser los que, en realidad, van a llevarse el beneficio del descubrimiento. Esa pugna motiva una grave tensión entre labriegos y excavadores, una

intervención de personajes políticos y de autoridades, una discusión del tema en concejo abierto y, por fin, una solución casi salomónica que no logra evitar la brutal destrucción del yacimiento acotado.

La historia es sencilla, puede ser incluso frecuente en el mundo de las excavaciones arqueológicas. Lo que más nos interesa de ella son los diálogos, absolutamente reales; el fiel traslado de las pasiones de un pueblo y la manipulación que de ellas hacen los políticos, a los que se hace hablar de un modo verídico, intercambiable para cualquier situación gubernamental que se imagine y demostrativo de su sempiterna aptitud para adueñarse de los sentimientos populares y para llevarlos luego hacia donde en cada caso concreto a ellos les convenga.

El libro es realista, trasunto fiel del momento que vivimos y de los seres que lo padecen. Está en la línea de austera narración de la realidad por Delibes hace mucho tiempo adoptada y se alinea por eso sin esfuerzo alguno en la ya larga serie de sus personalísimas, espléndidas narraciones de la vida castellana.

Cabos sueltos

Apostamos todo a que muy pronto le saldrán varias novias a la última novela de Miguel Delibes, «El tesoro», que en esta misma página comentamos. Sin saber mucho de eso, da la impresión de que en esta novela hay un excelente guión cinematográfico, no inferior a «Los santos inocentes» o «El disputado voto del señor Cayo», por citar recientes ejemplos. Junto a una trama sencilla hay un conjunto de personajes con grandes posibilidades para un director de cine.

Camino inverso, en apariencia y para el gran público, es el recorrido por Adelaida García Morales, ganadora del tercer premio Herralde. Y lo decimos porque la escritora era conocida precisamente por la adaptación cinematográfica que se había hecho de su novela «El Sur». Ahora entra con más fuerza en el campo de la narrativa con «El silencio de las sirenas», recreación onírica de una pasión sentimental.

Pocas apuestas hubiera tenido el desaparecido Joan Vinyoli en esa carrera hacia el Premio Nacional de Literatura, que se le ha adjudicado, a título póstumo, por su libro «Passeig d'aniversari». De entrada se hace difícil encontrar criterios uniformes para decidir entre poesía, novela y ensayo, tres géneros que entraban en el mismo saco. De ahí que parezca acertado volver a dar tres premios en lugar de un sólo. Para ir y volver... más valía no ir, pero también es de sabios rectificar. El próximo año, se ha anunciado, habrá premios de poesía, novela y ensayo. Y, volviendo a Vinyoli, la cosa tiene tufo de fallo político. Su obra apenas se ha difundido fuera de los circuitos catalanes y ni tan siquiera en el premio de la crítica sonó su nombre.

Novedades en Cantabria. Para dentro de diez días estará en la calle la «Historia de Cantabria», un volumen que, bajo la dirección de García Guinea, cuenta con las colaboraciones de Regino Rincón, Eduardo Van den Eynde, Raúl Vega y Carmen Díez Herrera, además del coordinador. La edita Estudio y comprende la Prehistoria y las edades Antigua y Media. Y veinte días más tarde se publicará «El gótico en Cantabria», de Enrique Campuzano, también de Librería Estudio, en un solo volumen. Dos obras que serán bien recibidas.

Ediciones Tantín, por su parte, anuncia la publicación de una «Historia general de Cantabria», en ocho volúmenes. La venta se hará exclusivamente por suscripción y la oferta de lanzamiento es tentadora puesto que resulta por seis mil quinientas pesetas. Allí para el Día del Libro tendremos el primer volumen. Los demás saldrán a razón de uno al mes. Como la tirada parece que será corta, los interesados no deben echarlo en el saco del olvido.

Estén atentos al próximo viernes. Ese día se dará a conocer el nombre del escritor galardonado con el Premio Miguel de Cervantes. Nada se ha filtrado. Y otra noticia que podría saltar en estos días es el cese de Lain Entralgo como director de la Real Academia de la Lengua. Posibles sucesores: Lázaro, Alvar, Lapesa, Tovar... También podría haber sorpresas.

Recelo aldeano frente al hombre de la ciudad, en la última novela de Delibes

Colisión de dos mundos dispares

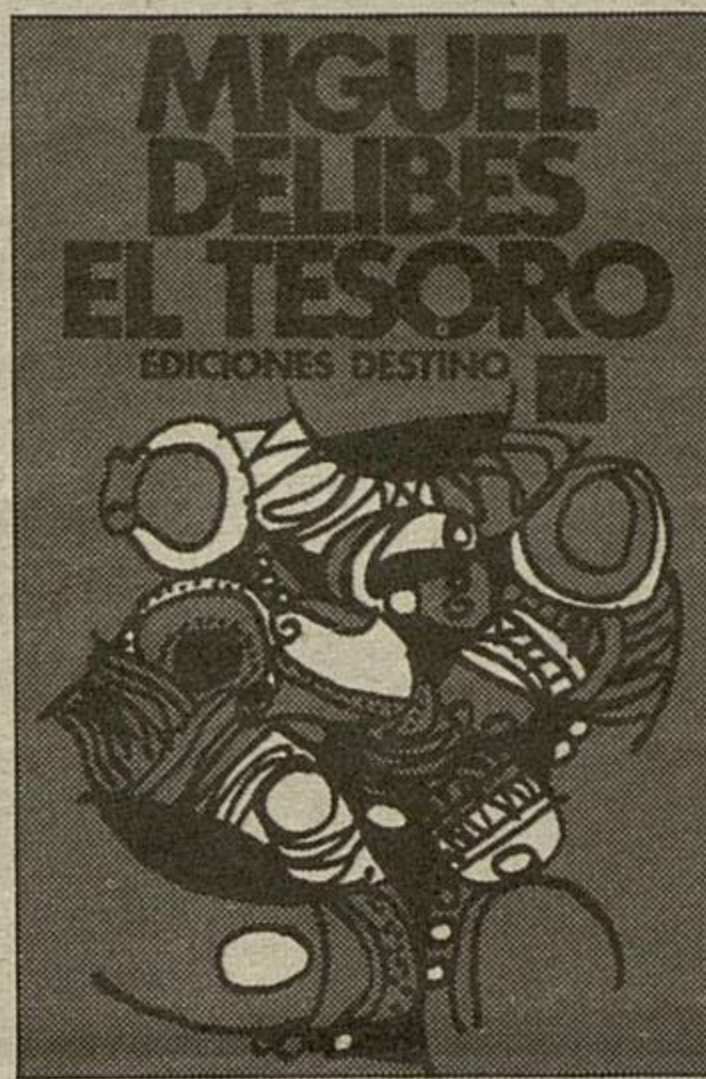
POCOS son los escritores que, en este último medio siglo de novela española, han conseguido la creación de un mundo tan personal y coherente como el logrado por Miguel Delibes en su obra narrativa. De la primera a la última de sus novelas el círculo se ha ido ampliando, pero teniendo siempre como centro y eje al hombre y sus problemas. Las soluciones a éstos han sido varias, nunca idénticas, siempre marcando la evolución de pensamiento del autor. Si en los primeros libros prevalecía la solución individual e insolidaria, que llevaba al fracaso, a partir de «El camino» apuntará con insistencia la vuelta al mundo sencillo y humilde de la naturaleza como liberación. Luego llegará el análisis crítico de la inmediata realidad española, el poner el dedo en muchas llagas. Todo mostrando que, detrás de cada uno de sus libros, está el hombre.

Una dualidad vital enfrentada con reiteración ha sido la que opone dos modos de vida diferentes y, aparentemente, inconciliables, la vida urbana frente a la vida rural. Desde la mencionada «El camino» hasta la realmente reciente «El disputado voto del señor Cayo», abundan los títulos en los que ambos patrones de vida se contraponen. Y no es infrecuente que el lector deduzca la simpatía de Miguel Delibes por esas actitudes entre ingenuas y socarronas del hombre apegado a su terruño, poseedor de una «filosofía» más sincera que la del hombre de asfalto. Una dicotomía similar viene a mostrarse en su última novela, «El tesoro».

Una llamada telefónica tuerc los planes de Jero, un investigador y profesor universitario, que tiene que dirigirse con su equipo a un pequeño pueblo para realizar unas excavaciones arqueológicas en un lugar en el que ha aparecido una tinaja repleta de anillos, arracadas y pendientes de oro y plata, un sorprendente tesoro celtibérico. Los investiga-

dores están guiados por un noble ideal: «Llegar al fondo de nuestras raíces es algo hermoso, que no puede comprarse con dinero». Pero los aldeanos entienden que aquellos señoritos madrileños sólo se acuerdan de ellos cuando aparece el oro y no están dispuestos a lo que creen que es un vulgar expolio. La ignorancia, unida a la avaricia, hará prevalecer su postura por la ley del más fuerte.

La novela no deja de ser una obra menor de Delibes, algo así como un esbozo, pero trazado con mano maestra. La trama está sabiamente llevada, dosificando y graduando el interés en un clima ascendente, incluso jugando con la curiosidad del lector por llegar a averiguar el desenlace. Final que tendrá también su sorpresa. Aunque aparentemente lo parezca, no hay ni buenos ni malos. Hay, eso sí, dos fuerzas que se oponen y luchan porque están guiadas por intereses opuestos. Un enfrentamiento que pudiera haberse evitado, ya que, al decir de uno de los investigadores, «es-



to, como todo, es un problema de escuelas». Si los arqueólogos actúan con nobleza, también son nobles los aldeanos que defienden lo suyo, pese a que tengan que recurrir a la astucia para defenderse de los mejores argumentos de los señoritos madrileños.

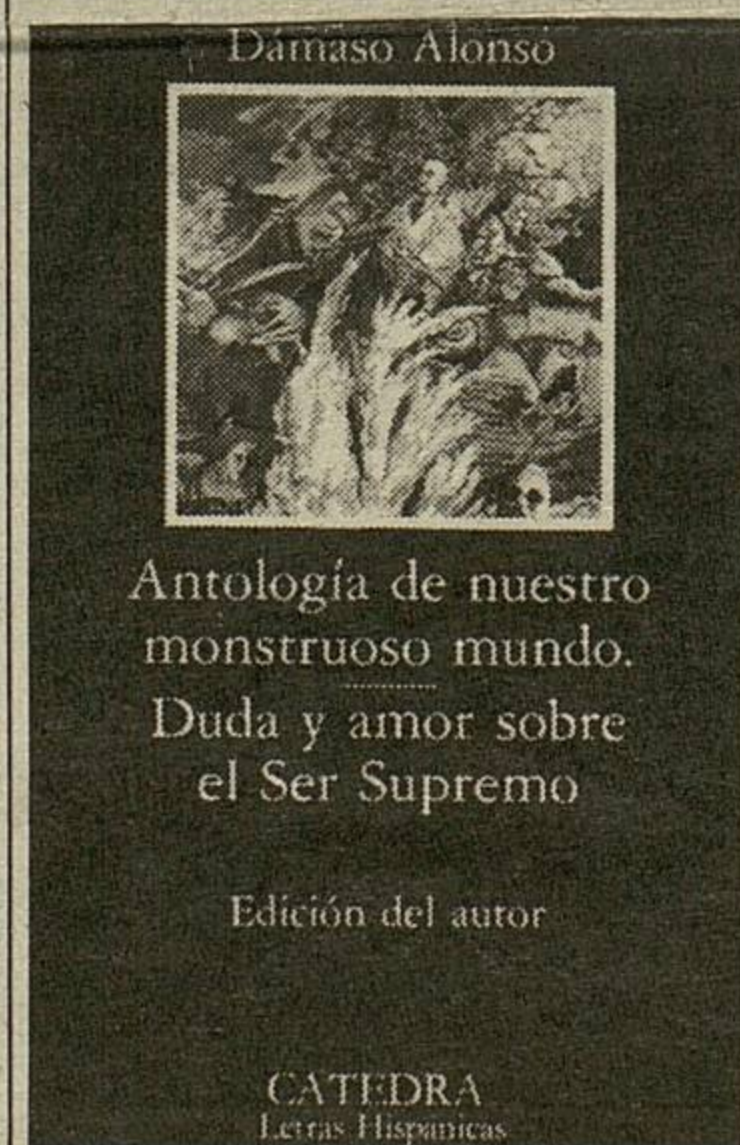
Hemos apuntado que se trata de algo así como un esbozo. Y es que, en estos personajes, entreveremos unas mayores posibilidades narrativas. Son insinuaciones hechas por el novelista: los problemas de la pareja formada por Jero y Gaga, la personalidad de don Lino, sospechoso de buscar tesoros con artes ilegales, la actuación del gobernador civil y otros políticos que recuerdan a sus colegas del señor Cayo, el enfrentamiento de los dos pueblos... Son posibilidades latentes que al escritor no le ha interesado, quizá, explorar más a fondo.

En toda la novela reencontramos los valores más legítimos de Delibes. El castellano es todo un

prodigio de precisión y justeza, con el regusto de ese léxico que se pierde al parecer sin remisión. Los diálogos son vivos, sinceros, sin ningún toque de retórica, con la expresión o el giro coloquiales. Cada uno de los personajes se expresa en el registro adecuado a su caracterización. Pasamos de lo coloquial a las frases de prosa oficialista entre la que se desliza el vulgarismo de quien utiliza fórmulas postizas: «No habiendo oposición, el Concejo autoriza la escarbación en el castro de Aradas», dirá el alcalde del pueblo. Porque las excavaciones de los arqueólogos son, para los lugareños, sencillamente escarbaciones. La expresión fuerte aparece en el momento preciso para reforzar la situación.

Con «El tesoro» reencontramos al mejor Delibes, al que se acerca con cariño y comprensión a esas gentes sencillas del pueblo, ignorantes y nobles, que actúan así llevados de su buena fe; al Delibes observador de los menores detalles del comportamiento humano; al Delibes irónico con buena intención. Que hablemos de obra menor es porque tenemos la tendencia de exigir siempre el máximo del escritor consagrado. En cualquiera otro sería suficiente para consagrarlo. Miguel Delibes tampoco necesita más para seguir afirmando su personalidad en la narrativa. Más allá de ambiciones le es suficiente con esos guiños para conquistar al lector.

Miguel Delibes. «El tesoro», Ediciones Destino, Barcelona, 1985.



«ANTOLOGÍA DE NUESTRO MONSTRUOSO MUNDO» y «DUDA Y AMOR SOBRE EL SER SUPREMO», por Dámaso Alonso, Edición del autor, Ediciones Catedra, Madrid, 1985.

Tres partes destacan en este volumen de poesía. De una parte, la introducción escrita por el propio autor y que, aunque publicada anteriormente en «Caballo griego para la poesía», quizás no tuvo suficiente difusión. Como él mismo dice es la «Vida y media obra», justamente la de poeta, pero con toda fidelidad e interesante para el lector. La segunda, es una antología muy bien seleccionada en la que se sigue paso a paso toda la obra de don Dámaso.

Pero lo más novedoso, sin duda, es la última parte, aquella que recoge los últimos poemas y que solamente conocen parcialmente quienes hayan seguido alguna de las recientes lecturas poéticas del autor. Eran los poemas que daba a conocer casi rompiendo el pudor. Son poemas que nos hacen recordar la veta unamuniana, las inquietudes de muchos seres humanos, aunque tocados con el sello más personal, sinceros, vividos y sufridos. «¿Estás? ¿No estás? Lo ignoro; sí, lo ignoro. / Que estés, yo lo deseo intensamente. / Yo lo pido, lo rezo. ¿A quién? No sé. / ¿A quién? ¿A quién? Problema es infinito.»

En esos cuatro versos radica la clave. El poeta se debate entre el deseo de un más allá, la esperanza de la inmortalidad para el alma, y el rechazo por parte de su inteligencia de cualquier posibilidad de supervivencia. La madre, los amigos, los literatos amados, todos ya desaparecidos, le impulsan a creer en una reunión futura, en un más allá. Sus creencias lo rechazan, cree que «alma y cuerpo mueren a la par» y, sin embargo, algo aletea en el fondo que le hace dudar de esa idea y desear estar equivocado: «Pero puede ser falsa. ¡Ojalá sea!». Es el grito desesperanzado en busca de una esperanza. Solamente estos poemas justifican todo un libro. La sinceridad de un ser que se desgarró en dudas trascendentales, en estos momentos, nos impone un gran respeto. En el fondo quizás su fe sea más robusta que la de otros muchos.

«NATA CON AZUCAR», por Luis Luque, de Editorial Planeta, Barcelona, 1985.

El autor de esta novela podría, seguramente, haber sido uno de sus protagonistas, ya que su propia vida ha recorrido un largo y accidentado camino. Desde trabajador de los oficios más variados, en la emigración, hasta su llegada al periodismo y al mundo de los negocios, ha pasado por los escenarios y ambientes más variopintos. Sin duda esta experiencia, sobre todo la que lo ha ligado al mundo empresarial, le ha servido de punto de partida para poner en pie su «Nata con azúcar».

Se trata de un relato de acción trepidante en el que se mezcla en adecuadas proporciones los negocios sin escrúpulos, el sexo y el mundo mafioso de la droga. Todo ello en una acción desarrollada ahora mismo y en el breve plazo de cinco días. No le es difícil al lector identificar a algunos

de los personajes con los tipos que pueblan esos ambientes que de poco en poco se asoman a las páginas de actualidad. La ambición que despierta en unos cuantos seres mediocres la decisión de un viejo patrón de ir cediendo parcelas de poder, le sirven para reunir a gentes listas, ambiciosas o a tontos y simples.

La novela está escrita con un lenguaje muy de nuestros días, con buen ritmo, sin que podamos decir que la atención decaiga en ningún momento. Cierto que apenas si profundizamos en ninguno de ellos, pero no es eso lo que interesa, sino que la atención se encamina a mostrarnos los modos de actuar en los entrebaldos de los negocios. Novela de costumbres que hace pasar el rato en lectura entretenida, entre el humor y la picardía, la sátira y la ternura. No va más allá ni tampoco se lo ha propuesto. Tampoco desmerece al lado de otros relatos con más pretensiones.

Libros más vendidos

- Vuelve «Gárgoris y Habidis», de Sánchez Dragó, esta vez en edición profusamente ilustrada que publica Planeta.
- La «Historia general del socialismo» va completando esta magna obra con los dos volúmenes correspondientes a los años 1918-1945. Aparece en Destino.
- De Lain Entralgo nos llega «Sobre la amistad», un conjunto de ensayos que edita Espasa-Calpe.
- Los «Ensayos», de Montaigne, con prólogo de Dolores Pizarro y Almudena Montojo aparecen en Catedra.
- La celebrada serie «Anillos de oro», de Ana Diosdado, con un prólogo de José Luis García, están al alcance del lector en Seleccion Austral.

Textos: CARLOS GALAN LORES

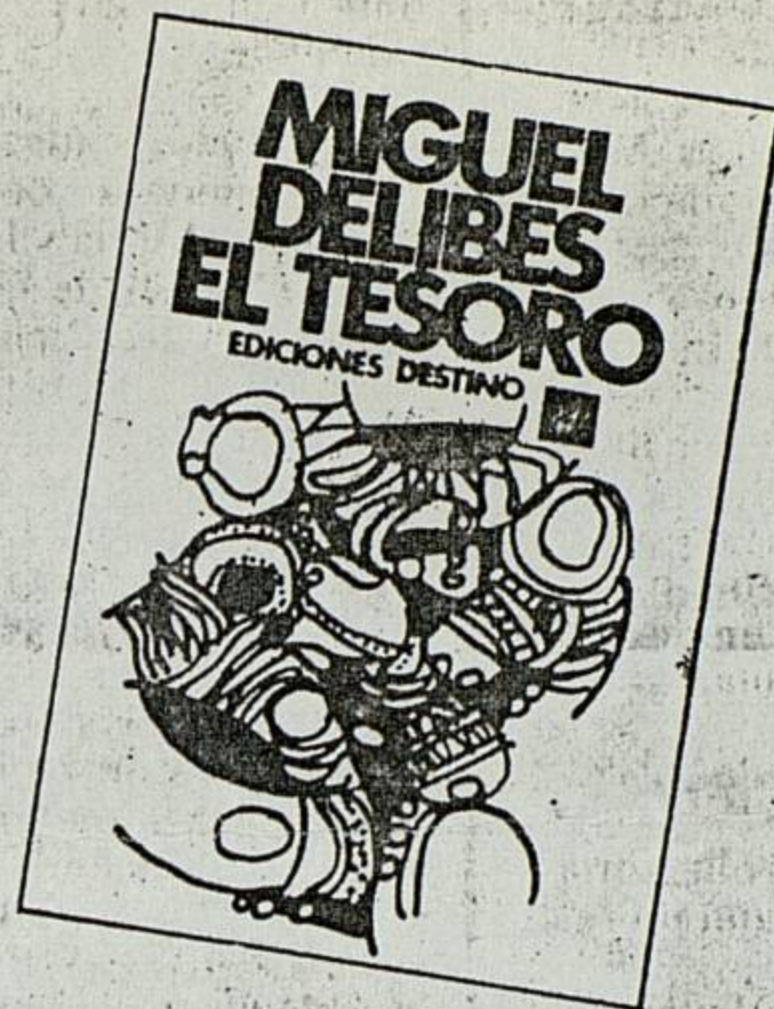
LIBROS

«El tesoro»

MD

LA novela que acaba de aparecer de Miguel Delibes (1) sigue la traza de las últimas publicadas, no sólo porque la desarrolla con la maestría y seguridad que le acreditan y un lenguaje expresivo tan limpio y claro como agua de manantial y fluidez expresiva en la que nada falta y nada sobra. Un modelo idiomático que no es de extrañar que figure como texto docente según compruebo en generaciones familiares que me son afines con más de medio siglo de distancia. Un clásico en vida, cuya naturalidad y falta de afectación estilista manan de su propia evidencia, respirándose como un aire puro.

Pero, en fin, ello es tan conocido que con decir que en «El tesoro» se mantiene en su punto de excelencia intramontable, que ha añadido a su obra y su invariable carácter un renuevo más en su crecimiento natural y nada forzado. Acaso en sus últimas novelas la narrativa de Delibes se vierte en el molde de la novela corta en relación a lo que podríamos llamar un epi-



sodio de la vida nacional desde «El diputado voto del señor Cayo», en parte considerable, aunque no exclusiva, pues «Los santos inocentes», y, sobre todo, las «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», ofrecen asidero para la introspección sobre caracteres individuales. En «El tesoro» el episodio como núcleo de sucesos, conductas y actuaciones comunales, con sus componentes, es el eje de la novela.

Con una particularidad, que temáticamente lo que individualiza a nuestro juicio

esta novela reciente es la exteriorización de un cierto pesimismo que aflora explícitamente. Sin extremismos, sus menosprecios de corte y alabanza de aldea, un señor Cayo era en el mundo rural una garantía de estabilidad y buen sentido. En «El tesoro» la actitud comunitaria de la población se pinta con trazos oscuros de agua fuerte, cuando la incultura, la codicia, el asomo de barbarie insolidaria que frustran lo frustrable de una expedición arqueológica que brotan como identificación instintiva de lo popular, hace clamar por la escuela con el mismo acento de los regeneracionistas de hace casi un siglo. El pesimismo de Delibes apunta al hecho de que nada se haya avanzado en este camino.

Este episodio, con su estallido y su apagamiento, cuando ya el suceso es irreparable para el provecho de una investigación cultural precisa en el caso, se halla caracterizado con la fuerza, precisión en el trazo, descripción de actitudes y caracteres que Delibes, en la primera fila de la narrativa española contemporánea, sabe proporcionar a sus lectores.

Los tipos descritos, con el matiz justo, son atractivos literariamente retratados en su trazos de diverso carácter, desde los que pertenecen al bando que podríamos llamar oficial de la investigación de la Administración, tanto más cuanto pertenecen al núcleo técnico de ella, hasta sus terminales con algún que otro tipo acabado, en su escala correspondiente, de

MD 12
VRAL

«zona politikon», más que el bando rural que desde don Lino a los municipales, hasta llegar al estado llano de la rebeldía, que es donde Delibes insinúa el aspecto que la barbarie o la incultura, cuando no el egoísmo y la zorrería, tienen en la trama y en su pesimismo medular. Tanto quizá que Delibes se siente obligado a clausurarlo con un final feliz al protagonista Jero, chafado en su ilusión profesional. Una buena novela de Delibes —quizá baste decir que una novela de Delibes simplemente— con todo lo que ello significa.

■ Antonio VALENCIA

(1) «El Tesoro». Miguel Delibes. Ediciones Destino, S. A. Barcelona.

«Lino Mia», 24 Nov. Madrid



“

■ «Tras una primera adaptación muy pobre, he elaborado un guión muy fiel a la obra original. Tendrá seis o siete decorados y unos doce intérpretes»

■ «Siempre pensé que esta novela era escenificable porque tiene un fondo muy dramático y unos diálogos muy graciosos desde el punto de vista coloquial»

■ «Estoy finalizando un estudio que se titulará "Habla Castilla", sobre el lenguaje en el agro castellano. No es una novela, aunque tiene personajes»

”



Desde su Valladolid vital, Miguel Delibes termina varias obras, entre ellas la adaptación teatral de «La hoja roja», una novela realizada en 1959, «porque desde que la escribí, siempre pensé que era escenificable», afirma, aunque reconoce que las ofertas primeras para que esta novela cambiara de género literario le vinieron antes del cine que del teatro. «Siempre me resistí a estas ofertas.» Ahora, en cambio, está ilusionado por un estreno que, de ir bien las cosas, será en febrero.

Tras una aguda afonía, Miguel Delibes habla ronco y con esfuerzo, aunque se le nota ciertamente ilusionado con este y otros proyectos que tiene en pluma. Volviendo al de «La hoja roja», Delibes afirma: «Tan convencido estaba de su teatralidad, que hace año y medio realicé una primera adaptación. Pero era muy pobre.»

—¿Pobre una adaptación suya?

—Sí, porque como siempre se ha dicho que se hace en el teatro, reduce todo al mínimo. Sin embargo, esta adaptación la leyeron Juanjo Seoane y Manuel Collado y se entusiasmaron. Es más, me exigieron que la rehiciera porque "había que hacerlo bien", acercándose a la novela.

El hecho es que «La hoja roja» se ha convertido en una obra

A finales de mes, el escritor entregará la adaptación teatral de esta novela publicada en 1959

Miguel Delibes

«La hoja roja», en teatro, va a ser un derroche»

teatral rica con seis o siete decorados y doce o trece personajes. «un derroche, vamos», dice el autor, casi un poco asustado por la magnitud de la empresa.

Un fondo muy dramático, un diálogo gracioso

—¿Cómo se planteó este cambio en el guión, este derroche?

—En principio fue una readaptación de la primera adaptación. Pero después casi todo ha sido nuevo. Esta que he realizado es más convincente. Escenas que suprimí, se ven ahora.

Miguel Delibes tiene que entregar el guión a finales de este mes. «y Seoane me dice, cada vez que hablo con él, que aspira a presentarla en febrero, pero si no es posible, en la próxima temporada teatral».

—¿Por qué se ve que una novela es escenificable, como le ocurrió a usted con «La hoja roja»?

—En ésta, concretamente, porque se dan situaciones y diálogos que me parecen graciosos desde un punto de vista coloquial. Además, es una obra plena de situaciones retardadas, con una inmovilidad que favorece

esta adaptación. Por el contrario, tiene un fondo muy dramático, porque es la decadencia de un hombre, el final de su vida.

—¿Cuál sería su protagonista ideal?

—Eso lo dejo al director, porque evidentemente yo estoy tan identificado con el físico del jubilado don Eloy y con el de su sirvienta Desi, que sería excesivamente complicado. Están demasiado grabados en mi mente.

Tres comedias en «Mi idolatrado hijo Sisi»

Tras la realización para la

pantalla de varias de las obras de Delibes. «versiones muy fieles siempre», y «Cinco horas con Mario» para el teatro, el autor piensa que muchas de sus obras tienen varias vertientes de posible escenificación.

—¿Es difícil hacer teatro?

—Depende. Con «Cinco horas con Mario», tras el empeño de muchos de que lo resucitara, me planteé la adaptación. Mire, convertir a Mario en juez que se erige en conciencia del mundo, es algo infumable. Entonces llegué a la conclusión de que el lenguaje de monólogo era el ade-

cuado y lo adapté así, junto con Santiago Paredes.

En otras obras no sería tan fácil, porque tienen mucho movimiento, son muy amplias. Por ejemplo, yo creo que de «Mi idolatrado hijo Sisi», saldrían tres comedias.

«El Tesoro», una obra lineal

La última novela publicada por Miguel Delibes es «El Tesoro», una obra que ha recibido buenas críticas y otras menos buenas: «Creo que se ha debido al error de presentarla como una novela larga, cuando no lo es.»

—¿Cómo definiría entonces «El Tesoro»?

—Como una novela corta, lineal, sencilla, sin mayores pretensiones.

Entretanto, Delibes ha interrumpido un libro, «que no va a ser una novela aunque tiene personajes», que tratará sobre la voz de Castilla. «el lenguaje del agro en el campo castellano actual. Se titulará "Habla Castilla", pero aún no sé cuándo estará terminado».

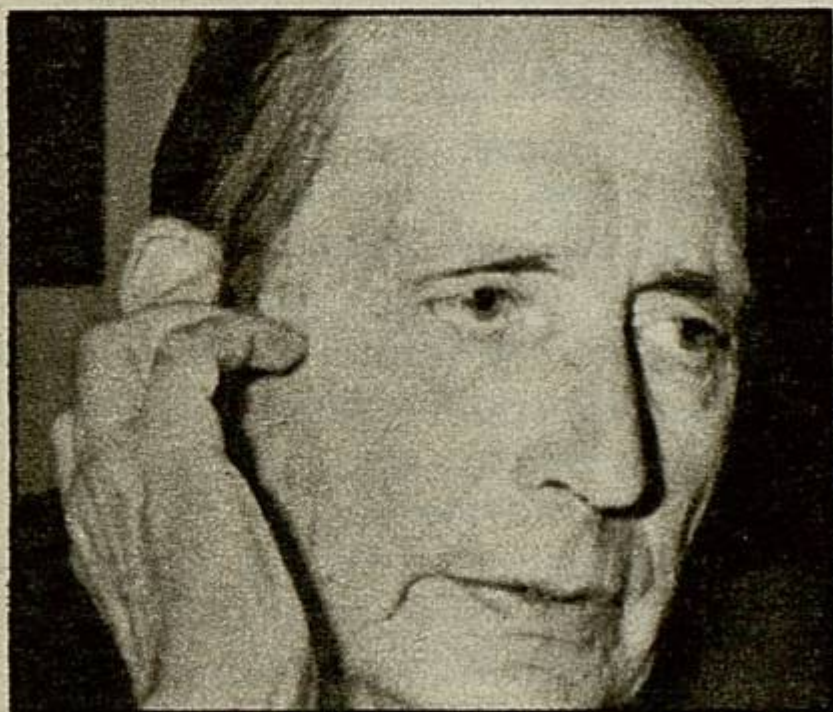
Ana GAVIN

Fotos: MARTIN BARRERA

A B e

14

29-XI-85



Miguel Delibes

Su última novela «El tesoro» puede ser un espléndido motivo de lectura para los ratos de ocio de fin de semana. Modelo de novela breve, sugestiva y aleccionadora

Selección de novedades y reediciones

Narrativa

El comisario

Sven Hassel. Plaza & Janés. 1985. 895 ptas. El autor, nacido en Dinamarca (1917), es reconocido internacionalmente por sus "bestsellers". Su escenario preferido: la Segunda Guerra Mundial.

Los vi morir

Sven Hassel. Plaza & Janés. 1985. 350 ptas. Acentos de tragedia.

General SS

Sven Hassel. Plaza & Janés. 1985. 350 ptas. Episodio bélico.

Carta d'una desconeguda.- Nit fantástica.- L'agonia d'un cor

Stefan Zweig. La Llar del Llibre. 1985. 600 ptas. Tres narracions sensacionals i emotives d'un escriptor que, altra vegada, esdevé actual. Aquesta és la tercera obra de Zweig dins la col·lecció "Nova Terra" de La Llar del Llibre.

La casa de los deseos

Kipling (1865-1936). Ed. Siruela. 1985. 950 ptas. Además del relato que da título al volumen, figuran otros cuatro: "Una guerra de sahibs", "Una madonna de las trincheras", "El ojo de Alá", "El jardineró".

Miau

Benito Pérez Galdós (1843-1920). Alianza. 1985. 450 ptas. Satira impecable del Madrid burocrático de la época (1888).

Cuentos de amor... vagamente

Francisco García Pavón. Destino. 1985. 925 ptas. El lector queda inmediatamente fascinado por cada una de las 27 breves narraciones que contiene este volumen.

El club dels diferents

Martí Carrasco. Premi Apel·les Mestres. 1984. Ed. Destino. 1985. 875 ptas.

Narracions 2

Josep Pla (1897-1983). Destino. 1985. 850 ptas. Pàgines d'un fabuloso periodista.

Siddharta

Hermann Hesse (1877-1962). Ed. Nuevomart. 1985. 375 ptas. El drama de la íntima soledad del hombre.

Guerra del tiempo y otros cuentos

Alejo Carpentier (1904-1980). Alfaguara. 1985. 760 ptas. El libro recoge siete relatos, en los que sobresalen algunas de las mejores páginas del novelista cubano.

Una meditación

Juan Benet. Alfaguara. 1985. 1.700 ptas. Cuando apareció por primera vez en 1969, la novela constituyó una verdadera revelación literaria.

El mar, el mar

Iris Murdoch. Versal. 1985. 2.100 ptas. Es la historia de una obsesión, de la utilización de un poder mágico y de la renuncia al mismo.

El misterio de Salem's Lot

Stephen King. Plaza & Janés. 1985. 950 ptas. Un escritor y un niño se enfrentan al horror que devora Salem's Lot. Novela convertida en serie televisiva.

African Blues

Alexis de Vilar. Plaza & Janés. 1985. 975 ptas. La condena del hombre negro a una nueva esclavitud.

Paz en la guerra

Miguel de Unamuno (1864-1937). Plaza & Janés. 1985. 425 ptas. La primera novela de Unamuno (1897).

Muerte de dama / La heredera de Doña Obdulia o las tentaciones

Lorenzo de Villalonga (1897-1980). Plaza & Janés. 1985. 595 ptas. Edición de Jaime Vidal Alcover.

Contes de bogeria i obsessió

Guy de Maupassant (1850-1893). Llibres del Mall. 1985. 550 ptas. Recull de contes sobre la bogeria en la que més endavant hi cauria l'autor.

La barca d'or

Srečko Kosovel (1903-1926). Llibres del Mall. 1985. 450 ptas. Una ànima jove posseïda per una fe cega en l'extrem valor espiritual de l'home.

Paisajes después de la batalla

Juan Goytisolo. Dibujos de Eduardo Arroyo. Mall. 1985. 2.400 ptas. Es una pesadilla de la que el autor intenta levantarse a carcajadas.

Literatura infantil y juvenil

Uno más en la lista de clase

Otti Pleiffer. Alfaguara. 1985. 615 ptas. En una classe escolar apareix un vengador de injustícies.

Por la gran cuchara de cuerno

Sid Fleischman. Alfaguara. 1985. 760 ptas. Aventuras.

La maldición de Montecosuro

Paul Blegel. Alfaguara. 1985. 700 ptas. Intrigas y sucesos extraños.

Ensayo

El único problema

Muriel Spark. Laia. 1985. 800 ptas. Diagnóstico clarividente, cruel y exacto, sobre la miseria de una sociedad obcecada.

Por la libertad de enseñanza

Oscar Alzaga. Planeta. 1985. 950 ptas. Las intervenciones parlamentarias del político, autor de este libro, sobre el tema.

Teoría de la organización y sociedad contemporánea

Jose M.ª Garolía Madaria. Ariel. 1985. 1.400 ptas. "... y me dais a elegir entre una descripción cierta pero que no enseña nada e hipótesis que pretenden enseñarme, pero no son nada ciertas" (Camus, "El mito de Sísifo").

El hombre nuevo soviético

Michel Haller. Planeta. 1985. 950 ptas. El autor, nacido en Rusia, enjuicia la realidad del hombre soviético como una degradación de la utopía del hombre-hormiga, hombre-perro, hombre-atrofiado.

La posmodernidad

Jean Beaudrillard, Jürgen Habermas y otros. Kairos. 1985. 950 ptas. Una colección de textos brillantes en torno a uno de los conceptos más significativos y polémicos de nuestro tiempo.

Mine-Haha. De la educación física de las niñas

Franck Wedekind (1864-1918). Muchnik. 1985. 750 ptas. Alegato tierno contra la manipulación de las actrices.

Gastronomía

Els 30 millors pastissos amb fruites de l'avia

Georgine Regas. Ariel. 1985. 850 ptas.

El hábito de comer. Consejos, recetas e itinerarios

Rodrigo Mestre "Rodri". Mall. 1985. 1.600 ptas.

Pedagogía

Super-memoria

Robert Tocquet. Martínez Roca. 1985. 650 ptas. Como adquirir y aumentar una memoria excepcional.

El arte de contar cuentos

Sara C. Bryant. Hogar del Libro. 1985 (7.ª ed.). 700 ptas. La calidad y el éxito del libro lo acredita el hecho de una nueva edición dentro del mismo año.

En torno a Decroly

J. A. Segers. Ministerio de Educación y Ciencia. 1985. 1.000 ptas.

De niña a mujer

Lynda Madaras. Plaza & Janés. 1985. 850 ptas. Una guía para asumir plenamente el gran proceso de la pubertad.

Poesía

Canigó

Jacint Verdaguer (1845-1902). Ed. 62 i "la Caixa". 1985 (2.ª ed.). 315 ptas. Carles Riba havia dit: "Canigó" es l'obra "més vasta i més sostinguda" de Verdaguer.

De umbral en umbral

Paul Celan (Paul Antschof) (1920-1970). Hiperión. 1985. 650 ptas.

Domini màgic

Joan Vinyoli. Empúries. 1985 (2.ª ed.). 1985. 670 ptas.

Sobre poesia catalana contemporània: Riba, Foix, Espriu

Arthur Terry. Ed. 62. 1985. 925 ptas.

Obres completes / 3. Articles i assaigs polítics

J. V. Foix. Ed. 62. 1985. 2.000 ptas. Escrits de J. V. Foix des de 1921 a 1936.

Periodismo

Las formas de la comunicación

Jacques Durand. Ed. Mitre. 1985. 1.500 ptas.

Teoría y práctica de la documentación

Roberto Coll-Vinent. Ed. Mitre. 1985. 1.900 ptas.

Psicología

Aprendizaje y comportamiento

B. F. Skinner. Martínez Roca. 1985. 1.000 ptas.

Psicología social I. Influencia y cambio de actitudes. Individuos y grupos

S. Moscovici. Paidós. 1985. 1.950 ptas.

La investigación apasionada de nuestros orígenes y el obstáculo que para toda acción de progreso supone la carcoma de la incultura dominan en la última novela de Miguel Delibes, una narración más bien breve y sin complicaciones

Delibes, las raíces y la carcoma

Miguel Delibes

"El tesoro"
128 páginas
Cil. "Ancora y Delfin", número 590
Ediciones Destino
Barcelona, 1985

ULTIMA novela —por ahora— de Miguel Delibes, y el veterano escritor —con cuarenta libros en su haber— permanece fiel a sus postulados y líneas tradicionales: narración no muy dilatada, sumo cuidado en la utilización del lenguaje, escenario castellano, oposición conflictiva campo-ciudad...

Es "El tesoro", en efecto, todo eso; pero sería decir poco y, en todo caso, nada nuevo. Cabe, por el contrario, hacer algunas consideraciones complementarias porque, a buen seguro, esta obra puede provocar decepción y contrariedad en no pocos.

Estamos ante una novela más bien breve, lineal, sin complicaciones, en la que se nos cuenta una historia única y por el camino más rápido y directo. Un relato en el que, una vez más, el léxico utilizado tiene mucho de protagonista y no poco de testimonio, incluso de grito desesperado —y desesperanzado— contra la desaparición de un rico acervo cultural que es patrimonio de todo un pueblo.

Pero apelando a la inevitable comparación con obras anteriores del autor, cabría decir que "El tesoro" es una novela menor. Claro está que todo es relativo y que en este tipo de consideraciones cuenta mucho la intención de partida, y aquí se ve enseguida —al menos a nosotros nos lo ha parecido de inmediato— que el escritor no se ha planteado de antemano más pretensión que contar lo que nos cuenta.

¿Nada más, en efecto?

Delibes, en su sobriedad —admirable sobriedad—, en su sencillez —fascinante sencillez—, en su seco y escueto estilo, suele decir —o quiere decir— más cosas que las que dice a primera vista, a primera lectura. Incluso moraliza, a veces. También aquí hay una intención principal —o la creemos ver nosotros— por debajo —o por encima— del texto de la historia que se nos ofrece. Y no es, a nuestro juicio, el mensaje sobre la actual preocupación apasionada de cada pueblo de España por recuperar e investigar sus raíces —cosa que también está en el libro—, sino otro mucho más importante: no hay cambio posible en un país si



Miguel Delibes

no se combate y se vence a la ignorancia, a la carencia de instrucción, a la incultura, porque esta carcoma es, en verdad, el gran obstáculo contra el avance y el progreso.

Cierto que la narración se desliza hacia su desenlace a gran velocidad, obviando cualquier vericuetto colateral, eludiendo toda profundización horizontal y vertical, desaprovechando la riqueza enorme de cuanto va surgiendo a medida que madura la historia. ¿Deliberado todo ello?

Querido o no, podría considerarse como un elemento de insatisfacción, antes que otra cosa, para el lector más exigente, con toda probabilidad el más incondicional, a la vez, del escritor que nos ocupa.

Un camino propio

Con Miguel Delibes ocurre, además, algo que tiene suma importancia a la hora de enjuiciar cualquier libro que surja de su

de simple y elemental, resulta esterilizador en el sentido de que, a partir de ahí, se fuerzan los juicios para que entren plenamente por los carriles del esquema preconcebido. Claro que Delibes es castellano y que refleja muy bien a Castilla en sus escritos. Pero muchos otros también son Castilla y ésta no puede limitarse a la única dimensión del destacado novelista —nada proclive a tales simplificaciones—, con ser, sin embargo, uno de sus más relevantes y predilectos hijos.

¿Qué ocurre, pues? Que toda desmesura puede generar injusticia, tanto en su origen como en cualquiera de los tramos de su recorrido. Injusto es centrarse en lo castellano, y sólo en lo castellano, a la hora de enjuiciar la sólida obra del escritor vallesolano —con títulos que cuentan en la novelística contemporánea española—, porque ello supone achatar el alcance de unos libros cuya preocupación máxima y primera es el hombre, el ser humano, irreducible a localismos en su problemática, y universal en las manifestaciones de su esencia; como injusto es despaçar a la ligera alguna de sus novelas cuando puedan resultar menos compactas, ambiciosas o logradas.

De cualquier manera, en "El tesoro" reconocemos a Delibes (¿por qué ha de ser forzosamente el mejor Delibes?). Una narración en la que su parte moralizadora se nos antoja el aspecto más endeble, compensado, eso sí, y suficientemente, por esa economía de pretensiones apuntada anteriormente; en la que la sencillez y la sobriedad siguen siendo un ejemplo y un reto para tanto novelista confuso y pseudointelectual; y en la que, a fin de cuentas, la lanza en pro de la erradicación de la incultura en este país no puede recibir sino parabienes.

En el arte, claro, los caminos son infinitos. Y Delibes no ha querido enmascarar el suyo.

JOSÉ GUERRERO MARTÍN

HOGAR DEL LIBRO. Bergara, 3, Barcelona-08002

MAITE-HOGAR DEL LIBRO Vía Augusta, 64, Barcelona-08006

LA LIBRERIA-HOGAR DEL LIBRO Av. Sarría, 40, Barcelona-08029

HOGAR DEL LIBRO Pg. de la Plaça Major, 12 (Sabadell)

HOGAR DEL LIBRO Pg. de la Plaça Major, 34 (Sabadell)

HOGAR DEL LIBRO-BARICENTRO Local n.º 35 (Barberà del Vallès)

Una tienda en P^o de Gracia, 75 que ya está de moda.

DESCAMPS



Líder español en ropa de casa. Tiendas Descamps, tienes que verlas.

180 tiendas en todo el mundo. P^o de Gracia, 75 (Parking gratuito)

ARCAS Y BASCULAS SOLER, S. A.

Felicita las Fiestas Navideñas a sus clientes, proveedores, amigos y público en general

Ventas: Rambla Cataluña, 10. T. 302-29-99.

08007-Barcelona

Oficinas: C. Campo Sagrado, 24. T. 242-24-03.

08015-Barcelona

■ NOVEDADES

La última novela de Delibes y la primera de Torrente Ballester

Miguel delibes, con sus 65 años auestas, ha publicado un nuevo libro, *El tesoro* (Ed. Destino), una novela que no es precisamente de las mejores de este escritor. Plantea el viejo tema del enfrentamiento campo-ciudad, mediante la narración de las peripecias de un grupo de arqueólogos que marchan a investigar unos importantes hallazgos en un pueblo. Otro académico, el último premio Cervantes, Gonzalo Torrente Ballester, siguiendo con la reedición de sus obras, rescata del olvido su primera novela, *Javier Mariño*, editada en Seix Barral. La primera edición de esta obra apareció en 1943, pero a los veinte días de su distribución fue retirada de las librerías por la censura. Después de incluirlo más tarde en el primer volumen de sus obras completas, el libro se reedita ahora en su versión íntegra.

Un académico también, el más joven de todos, el catalán Pere Gimferrer, publica en Planeta dos títulos: *Los raros* y *Cine y literatura*. El primero es una recopilación de los artículos publicados semanalmente en un suplemento literario, acerca de escritores del pasado evocados fugazmente; el segundo trata de las relaciones que existen entre los textos literarios y sus adaptaciones cinematográficas. Gimferrer, que tomó posesión el domingo 15 del sillón O de la Real Academia, dedicó su discurso al poeta Vicente Aleixandre, cuya vacante ocupa él actualmente. De este gran lírico, que obtuvo el premio Nobel de Literatura en 1977, Espasa Calpe ha editado su único libro en prosa, titulado *Los encuentros*. Una primera edición de esta obra apareció en 1958 y constaba de 39 retratos de escritores, semblanzas personales de los poetas que trató Aleixandre. Aquella lista se completa en esta edición definitiva con nuevos autores, que alcanzan el número de 57. Desde la evocación de Góngora o de Bécquer, hasta los recuerdos de Unamuno, Baroja, Alberti o Luis Cernuda, la prosa poética de Aleixandre recupera de la memoria las impresiones de escritores que pertenecen a seis generaciones.

Leer a los clásicos

Eurípides es uno de los grandes dramaturgos griegos. Se sabe que llegó a escribir unas noventa obras de teatro; de ellas sólo se han conservado 17 tragedias y un drama



Miguel Delibes.



satírico. Aún así es el autor griego del que más obras se conservan íntegras: de Esquilo y Sófocles, por ejemplo, sólo disponemos de siete piezas de cada uno. Las tragedias de Eurípides han empezado a traducirse en la colección Letras Universales de Cátedra. En un primer tomo aparecen las siete que cronológicamente fueron estrenadas en primer lugar: *Alceste*, *Medea*, *Los Heráclidas*, *Hipólito*, *Andrómaca* y *Hécuba*. Su lectura revela un mundo de mitos, de pasiones enfrentadas a la razón y de dramas humanos, puestos en escena en el momento de máximo esplendor de la cultura helénica.

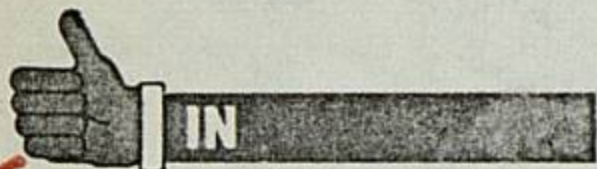
Séneca, el estoico cordobés, que fue acusado de participar en la conjuración de Pisón y obligado a abrirse las venas a los 70 años de edad, escribió durante los dos últimos años de su vida su obra sumbre: las *Cartas morales a Lucilio* (Ed. Planeta), 124 cartas de desi-

igual extensión y contenido, que recopilan la parte más significativa del pensamiento estoico del autor.

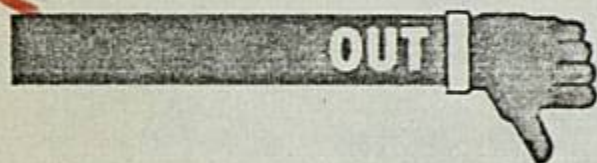
Julio César fue un hombre de rica y variada personalidad. Historiador, político, experto general y extraordinario gobernante, dejó escrita además una abundante obra literaria, que incluye textos poéticos, una tragedia, un tratado de retórica y hasta una colección de poemas amorosos. Sin embargo, su fama literaria le llegó fundamentalmente por los *Comentarios a la guerra civil* y los *Comentarios a la guerra de las Galias*. Ambas obras han sido recientemente editadas; la primera en Alianza y la segunda en Planeta. En aquella cuenta los enfrentamientos entre las tropas de Pompeyo y su propio ejército; en ésta recopila los informes enviados al Senado durante la campaña militar en las Galias. El tono es discretamente épico y el estilo refleja la combinación del lenguaje militar urgente y la retórica del político.

Italo Calvino y Robert Graves

«Me da la impresión de que empezaré a escribir de verdad sólo tras mi muerte», llegó a decir Italo Calvino. Unos meses después de producirse ésta, sus novelas ya están reeditándose. En Bruguera han aparecido algunas de las más importantes: *El barón Rampante* y *El Caballero inexistente*; en Alianza se ha editado la última novela que publicó, *Palomar*, y en Minotauro, la novela de ciencia ficción *Tiempo cero*. En esta misma colección se ha editado también una de las novelas menos conocidas del escritor recientemente fallecido Robert Graves; se titula *Las aventuras del sargento Lamb*. La escribió durante la segunda guerra mundial, en Inglaterra, después de viajar tres años por Europa y Estados Unidos al producirse la guerra civil española. El libro se presenta como una obra autobiográfica del sargento Roger Lamb, centrándose fundamentalmente en la guerra americana de 1775 a 1873 en la que Norteamérica obtuvo su independencia del gobierno británico. Aunque es una novela histórica, su temática —la narrativa sobre la guerra— aparece desfasada y la narración no alcanza en esta obra el interés de las grandes creaciones de Robert Graves, como *Yo Claudio*, *El vellocino de oro*, *La hija de Homero* o *Los mitos griegos*.



● Miguel Delibes. En estos días le hacen la adaptación teatral de «La hoja roja », la cinematográfica de «El disputado voto del señor Cayo» y acaba de aparecer en las librerías su novela «El tesoro».



● La Biblioteca Central de Valencia, que al hacer inventario, ha descubierto que faltan de sus estantes 131 volúmenes de los siglos XVI y XVII, y nada menos que 545 desde el XVIII hasta nuestros días.

CAMBIO16/195

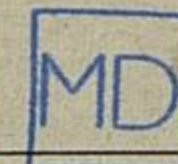
Cambio 16

17

MD

FUNDACIÓN
MIGUEL
DELIBES

NARRATIVA



18

«El tesoro», breve e incisivo relato de Miguel Delibes, en el apasionante mundo de la arqueología

«**E**L tesoro», de Miguel Delibes, ha sido el último libro del gran escritor español —finales de 1985— en la «Editorial Destino». Y, como su penúltima obra, «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso», ha suscitado cierta polémica. ¿Razones?: Parecidas —y permíteme la comparación— con aquellas exigencias de perfección que motivaron la cogida y muerte del diestro «Manolete», en Linares, en aquel agosto de 1947. Fue en este ya lejano año de 1947 en que Miguel Delibes, con su novela «La sombra del ciprés es alargada» —la explosión, según me dijo en Santander, en agosto de 1951, desde cuya fecha conozco al gran escritor castellano, de una tremenda depresión— que consigue el Premio Nadal que le servirá de espoleta y estímulo para iniciar una vida de escritor que compartirá largos años con el periodismo y la enseñanza del derecho y la literatura. Y si, a «Manolete», el gran maestro del toreo, le exige el público cada vez mayor perfección y un mayor riesgo, al gran escritor de Valladolid —que no tardará en obtener el «Premio Cervantes», plenamente merecido— se le pide una cada vez mayor calidad frente a su obra anterior, toda ella valiosa, cada vez más cuidada en el fondo y en la forma; sorprendente dentro de la unidad de su maestría en cuanto al temario variado —como la vida misma— del escritor. Es el riesgo —amigo lector— de los genios cuya mayor competencia se encuentra en sí mismo; es decir, en su obra anterior.

Sirva esto de aclaración para afirmar que, igual que le sucede ahora a Miguel Delibes ocurrió, en su día, con Dostoyevski al que, por ejemplo, tras la publicación de «Demonios» —o «Los endemoniados»—, para una gran parte de la sociedad rusa era, a partir de ahí, que comenzaba su mejor etapa de escritor que, otros muchos compatriotas, situaban en sus «Memorias de la casa muerta» y, en cambio, veían en «Demonios» el inicio de un cambio ideológico y formal inadmisibles. Miguel Delibes —como Dostoyevski— es tan genial —no perdamos esto de vista— con las «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» que con «Las ratas»; con



Miguel Delibes.

«El tesoro», que con su extraña novela psicológica «Parábola del naufrago» —tan sorprendente como las «Memorias del subsuelo», del escritor ruso—; con «El príncipe destronado», «La hoja roja», «Cinco horas con Mario» o, sus populares diarios del «emigrante» o «del cazador». Ya se ampliará esta consideración que hoy ofrezco en las tesis y tesinas que «el día de mañana» se escriban sobre Miguel Delibes.

Y, si las «Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso» es un relato magistral, en primera persona, en «El tesoro», a que hoy nos referimos, su brevedad no está reñida con una sorprendente perfección en el manejo del lenguaje —sobrio, pero exacto—, en un magistral relato en tercera persona, donde Delibes nos muestra cuanto de sugerente contiene siempre la aventura de

la arqueología. Una aventura que encierra el inquietante anhelo de conocernos mejor al descubrir nuestro pasado y que contrasta con la diferente valoración que, de la misma, nos ofrecerá el político, el especialista y, en otro nivel tan diferente, ese mundo rural de las apartadas aldeas, tan parecido en su miseria material y espiritual al de «Las ratas», «El disputado voto del señor Cayo» o, al esperpéntico ya de «Los santos inocentes».

Es «El tesoro», un ágil relato, que no se cae de las manos hasta su fin. Además de ese «veneno» apasionante —como en el periodismo o, en la caza—, de la arqueología y, que en diferentes substratos formales e ideológicos, ofrece el argot familiar y técnico, tanto de los arqueólogos, como de los jóvenes universitarios de nuestros días, la **postura**, con su perfecta descripción, de quienes forman la trama de esta **preciosa novela corta**: el subdirector, el alcalde del pueblo o, el delegado provincial... Y, además de todo esto, que constituye un entramado magistral en el que la literatura es, a la vez, antropología cultural e historia. Y también, ese **telón de fondo** del desamparo cultural del pueblo español con un déficit de siglos en escuela, en educación, en civismo, en una palabra. El pueblo llano —el mismo de «Las ratas» o de «Los santos inocentes» ese desamparado pueblo español que pintó Goya en su andrajoso fusilado eterno, es casi normal que tras tanto abandono, engaño y desesperanza, sólo vea, en la arqueología, posibles tesoros. Minas de oro que le hagan salir de su miseria, del abandono de siglos. De una memoria de engaños que ellos ven prolongarse en el presente. Por esto, aparte la aventura, el alegre desenfado y la vocación de los jóvenes arqueólogos, en «El tesoro», encontremos, una vez más, todo lo amargo y ácido de ese pueblo español que aparecerá, como telón de fondo, en toda la extensa ya —e inmortal, digo— obra de Miguel Delibes.

Porque, «escribir en España», sigue siendo «luchar».

J. CORRAL MAURELL

LIBROS



«EL TESORO»,
por Miguel Delibes. Editorial Destino, Barcelona, 1985.

Estas alturas de su consagrada ejecutoria de escritor cimero, cualquier página nueva de Miguel Delibes es un acontecimiento literario, de obligada reseña en cualquier rincón, como este de TROFEO, donde el libro sea protagonista y cita. Miguel Delibes ha publicado su última obra, **El tesoro**, ajeno a la caza, pero queremos saludarla desde aquí con la alegría de bienvenida de los camaradas de escopeta y campo; desde esta revista donde tantas veces nos regaló su pluma venatoria; haciéndole honor a ese clásico apodo que le hemos visto repetido del **cazador que escribe**.

El tesoro es algo más que un cuento, algo menos que una novela corta, un **sucedido**, como dicen en los pueblos, narrado con la limpieza y honestidad de un narrador de pueblo. La aparición de un tesoro celtibérico en un yacimiento arqueológico alborota al villorrio de su término, que se considera expoliado; la resistencia violenta de los lugareños en defensa de su **mina**, ante la tarea de un grupo de jóvenes arqueólogos de Madrid, componen la anécdota donde surgen los gérmenes de ese ideario rural tan bien conocido por Delibes. El recelo al centralismo, la inútil insolidaridad, el rencor entre los pueblos y sus vecinos, próximos y aislados, y bajo la cazurrería como dogma, esos atisbos de ingenua bondad, medios apagados por una angustiada sumisión.

Todo en la pauta de una

prosa Delibes: el castellano fluyente y riente, el toque sencillo y puntilloso, con el resplandor instantáneo de la poesía, esa imagen del campo que se le viene a Delibes a las manos, de forma irresistible, indisimulable, como si su pluma proyectase las diapositivas del paisaje en el blanco papel.

Y bajo la ropa fácil de un latido cotidiano, las enterradas emociones de sus apasionados personajes: el amor, la timidez, la generosidad, el idealismo, la búsqueda desesperada de lo auténtico, de la verdad tal vez colocada por miles de años bajo la superficie de un castro castellano. Personajes de Miguel Delibes en marcha a su eterna galería de figuras, que pasean como de puntillas por una literatura magistral.

Libro que para los exigentes pudiera ser menor en un gigantesco repertorio, Delibes hace con sus páginas un ejercicio de sí mismo, y nos descubre una vez más el tesoro de su viva presencia en las letras españolas.

M. A.



CAZA DE ALIMAÑAS, por Joaquín España Payá. Prólogo de Jaime de Foxá. Cuarta edición, ilustrada con 64 fotografías y 159 dibujos. «Caza y Pesca», Madrid, 1985.

REINTA años separan la cuarta edición de **Caza de alimañas** de su primera estampa. Un tiempo más que sobrado para haber hecho del libro una obra clásica en nuestra bibliografía venatoria, con la solera insustituible que prestan las referencias constantes que los

especialistas hacen de su consulta y relectura. Porque **Caza de alimañas** es el único texto publicado en nuestro país para abordar el tema con la extensión y detalle que requiere un tratado completo sobre su materia. Joaquín España Payá, director de la revista «Caza y Pesca», une a su amena prosa y a la espontaneidad de sus dibujos la condición de experto en la persecución y captura de mamíferos dañinos. La conjunción de tales circunstancias procuraron un libro salpicado de anécdotas propias, de fácil y grata lectura, y cuajado de enseñanzas prácticas de profundo sabor campero. De ahí su justa popularidad y su larga singlatura editorial.

La caza de los animales denominados **dañinos**, o identificados de forma más castiza como **alimañas**, ha pasado a ser, como tantas otras variante cinegéticas, asunto denostado y restringido, muy protestado por los naturalistas, que han visto en ella la causa de un alarmante descenso en los contingentes de los preciosos mamíferos —trece especies conocidas en España— que integran la especialidad. En los últimos años se agudizaron las polémicas entre los gestores de fincas de caza y los conservacionistas; los primeros, que adjudican a la **contracaza** un daño evidente a sus intereses, mientras los segundos claman por el equilibrio natural de la fauna, que juzgan descompensados por su manejo y por el deterioro de los ecosistemas. De ahí que la caza de alimañas se denomine ahora, de forma un tanto eufemista, **control** de especies ocasionalmente nocivas, cuando su erradicación se hace indispensable.

Sin entrar en el análisis del conflicto, que no corresponde a una crítica de libros, ante la lectura de la obra de España Payá pensamos que este tipo de caza debería ser liberado de su carácter de **exterminio** técnico, idea lejana a los buenos cazadores, y establecer sin extremismos lo que su ejercicio tiene de variante singular y tradicional. En efecto, un **trampero** ha sido, desde que la caza existe, un cualificado cazador, experto sobresaliente del campo más arisco y difícil, que mantiene una lucha en solitario con ani-

males desconocidos para la inmensa mayoría de sus cofrades. Cacería, por otra parte, tradicional en nuestras sierras, donde la practicaron siempre las gentes fundidas con la Naturaleza, partícipes de sus secretos más celosos y de cuyas filas surgieron a veces tipos legendarios.

Esos secretos, apasionantes para todo el que sienta la atracción de la caza como desafío entre instintos y habilidades, se desvelan en el libro de Joaquín España: el reconocimiento del terreno en busca de huellas y señales; los métodos de caza y trapeo; los rastros, cebos y armadijos de captura, y, en fin, un examen de las costumbres y singularidades de cada una de las especies a cazar, todo ello acompañado de gráficos significativos, llenan un volumen cercano a las trescientas páginas. El autor detalla los perfiles de este tipo de caza, sus procedimientos y añagazas, sin entrar en polémicas conservacionistas o en los matices que antes apuntábamos: se limita a describir lo que puede ser suficiente para atrapar a determinado animal, sin más condenas ni recomendaciones. Solamente abomina y se declara enemigo del veneno como sistema de caza, para seguidamente explicar cómo se utiliza, en aras del carácter especialista de la obra, escrita, como se ha dicho, hacia 1956: «**Creemos que si el que ha ponerlos en práctica (los venenos) tiene algo de cazador, terminar por aborrecerlos.**»

No obstante, quizá la nueva edición del clásico **Caza de alimañas** debería contar con un apéndice legal, siquiera simplemente informativo de las prohibiciones actuales de captura de ciertas especies. La tarea no es baladí: en 1980, el famoso decreto protector vedaba seis mamíferos de los que nos ocupan; pero este año, el caos re restrictivo se ha hecho antológico entre las distintas Comunidades autónomas. Mientras unas no prohíben ninguna nueva especie, otras incluyen desde el turón hasta la comadreja. En estas circunstancias, uno ya no sabe qué recomendar para que un libro de caza salga a la luz **puesto al día** en materia reglamentaria.

M. A.

“El tesoro” socio-lingüístico de Miguel Delibes



FRANCISCO LOPEZ

“El tesoro”. Miguel Delibes. Ediciones Destino. Colección Ancora y Delfin. Barcelona. 1985. 128 páginas.

Si la novela objetiva, tan pródiga en la ficción moderna, es el resultado de la imparcialidad y el distanciamiento del autor con respecto a su mundo narrativo, Miguel Delibes es un novelista objetivo, sin ningún género de dudas, en gran parte de su obra.

Con **El tesoro**, su última novela corta (advirtase su habitual tendencia a la brevedad), el escritor vallisoletano incide en la representación objetiva del universo rural de Castilla; un universo turbado en la armonía de su existencia cuando entra en contacto con elementos extraños a su misma naturaleza. El conflicto, en este caso, estalla cuando un grupo de jóvenes arqueólogos llega a un pequeño pueblo castellano para iniciar los trabajos de excavación en el lugar en que ha sido descubierto un atractivo tesoro celtibérico. Pero ello es el pretexto argumental por el que Delibes, fiel a su propio espacio literario en el que todo es determinado y sustantivo, construye un relato lineal dentro del campo socio-lingüístico que le caracteriza.

Vemos, pues, que dentro de esta aparente sencillez narrativa, el novelista castellano vuelve a los escenarios rurales de libros anteriores, lo que de por sí significa

MIGUEL DELIBES EL TESORO

EDICIONES DESTINO 



una agradable reincidencia en sus ya conocidas claves estéticas. Sus protagonistas son, nuevamente, los campesinos (el hombre primitivo) enfrentados en su medio geográfico y vital a los portadores de la cultura urbana, la ciencia y el saber (el hombre de la civilización).

Ya habíamos visto que en **Las ratas**

(1962), el “Nini” y el “Ratero” son los símbolos de una prehistórica libertad en el “habitat” de su cueva, marcando la separación con las gentes del pueblo como paso superior de existencia colectiva. En **Los santos inocentes** (1981), como un paso más de degradación, el hombre rural es sometido al criterio ordenador de las pautas sociales que simbolizan el “progreso”. En “Gamones”, pueblo en el que transcurre la acción de **El tesoro** sus habitantes ignoran la importancia de la arqueología, terminando por destruir la iniciada reconstrucción del yacimiento. Por el contrario, como dice uno de sus campesinos, trabajando la tierra se sabe mirarla. Y esto imprime otro tipo diferente de conocimientos, como podemos apreciar.

Así, de la misma manera que en obras anteriores, el gran hallazgo de Miguel Delibes consiste en representar la existencia de unos seres ignorados e ¿ignorantes? con (en palabras de Lázaro Carreter en prólogo a **La partida**, 1954) “la intención ética de salvación de lo inocente por irresponsable”. Y ya se sabe que ello se traduce en una agradable mezcla de brutalidad y ternura en todos sus personajes de campo. Por eso, y contrariamente a algunas opiniones, **El tesoro** es una pequeña joya literaria, diseñada con humor y soterrada ironía por uno de nuestros más leídos y admirados novelistas de hoy: Miguel Delibes.

Novedades editoriales

«Mr. Noon», del inglés D. H. Lawrence, se publica un siglo después del nacimiento de su autor

La novela «Mr. Noon», del escritor inglés D. H. Lawrence, en gran parte autobiográfica, que el autor dejó inconclusa en 1922, se publica ahora por primera vez, un siglo después de su nacimiento y tras accidentadas peripecias.

Recuerdan tales azares la propia existencia del autor, cuya vida errante no terminó con su muerte, ya que el encargado de transportar sus cenizas a Taos (Nuevo México) las lanzó al mar en Marseilla y las reemplazó por las de un desconocido en Nueva York.

Esta curiosa venganza fúnebre no es casual si se tiene en cuenta que el que llevaba la urna era el amante de la mujer de Lawrence.

El escritor inglés, nacido en 1885 y fallecido en Venecia, Alpes Marítimos franceses en 1930, escribió a lo largo de su vida sobre tres temas recurrentes que muchas veces se confunden en uno solo: la sexualidad adolescente, la ambición insatisfecha y el sentimiento de la vida provinciana.

Aunque se le conoce casi exclusivamente por

ser el autor de «El amante de Lady Chatterley», novela considerada en una época como obscena y pornográfica, Lawrence sentía aversión por los aspectos prácticos del sexo.

Autor de novelas, poemas, narraciones, obras teatrales y escritos polémicos, fue un escritor muy influyente y en su obra impulsó la investigación de grandes zonas de la experiencia humana.

«El amante de Lady Chatterley», que relata la búsqueda sexual enfrentada a la esterilidad del orden social establecido, provocó un gran escándalo no solo en Gran Bretaña sino en otros países donde fue traducida y tuvo una gran influencia sobre la literatura occidental.

Primera referencia

La primera referencia a «Mr. Noon» de que se tiene conocimiento procede del diario de Lawrence en el que anotó el 7 de mayo de 1920: He empezado «Mr. Noon».

Aunque es imposible determinar con precisión el tiempo que duró

la redacción de la obra, la última noticia de la novela está fechada en octubre de 1922. «Dudo acabar «Mr. Noon», tal vez algún día lo haga», escribió.

El manuscrito de la presente edición ocupa cinco cuadernos, divididos en dos partes. Solo la primera fue la revisada por el autor y se publicó en la novela «Un amor moderno», en 1934 y, posteriormente, fue reproducida en «Phoenix II», en 1968.

La segunda parte de la obra, que permaneció inédita hasta ahora, dobla en extensión a la primera, y contiene numerosas referencias autobiográficas.

El manuscrito completo de «Mr. Noon» quedó en poder del editor norteamericano Thomas Seltzer, y por razones desconocidas permaneció perdido durante 50 años.

El 31 de octubre de 1972, recuperados los cinco cuadernos, estos se subastaron y fueron adquiridos por la Humanities Research Center, de la Universidad de Texas, para su archivo sobre Lawrence.

En su relato novelado «El tesoro»

Una nueva lección de Miguel Delibes



Miguel Delibes

En Ediciones Destino, Colección Ancora y Delfín, se ha publicado el que, por el momento, conozco como último libro de Miguel Delibes que, como siempre, me llega dedicado con un afectuoso saludo y —también como siempre— procuro leer, y leo, a renglón seguido; habría que decir a vuelta de correo, si no fuera porque en realidad no se trata de una auténtica correspondencia y sí de una amplia deferencia —la amplifica, amplifica esas breves líneas difíciles de descifrar— el reconocimiento ante el autor de este nuevo libro titulado, a todos los efectos, «El tesoro». Lo es, en primer lugar, la prosa que nunca defrauda de este castellano de pluma cortada y acerada, bien timbrada en muchas frías mañanas solaneras en las que él ha perseguido el tesoro que siempre da la tierra, que es el placer de observarla en sus miles de tonalidades, en su peinado tan diverso como lo sean las vegetaciones que —como echarpes— se deje deslizar por los resacos de los hombros castellanos. La tierra castellana tiene un repetidor universal que emite en todas las direcciones, que es Miguel Delibes. La lectura atenta de sus páginas, de estas y las de todos sus escritos, hace

al que la realiza entusiasta de una lucha, admirador de una pugna de difícil solución. El que lo sabe de verdad cuán difícil es esa lucha, que ha supuesto en siglos para la capellanía que es Castilla, ese es Miguel Delibes. Por eso es la propia tierra la que se le ofrece para que la apretuje con las manos, la frote entre ambas y la suelte de nuevo hacia la eterna gota de tierra que ha sido su árida compañera desde los tiempos telúricos. Aquí no se ha movido una piedra, cabría pensar, decir y arriesgarse a equivocarse si se hace antes de leer

este nuevo «tesoro», «El tesoro», que en relato de dimensiones de novela corta, cuento largo, narración especial, ha realizado el escritor seco y entrañable, modelo de escritor sin duda por lo ajustado de su prosa al momento, al tema, al instante en que la emplea, en el que saldrán a relucir palabras que solo los del lugar o del oficio emplean, pero que Delibes desempolva del carisma del olvido que sobre ellas ha caído y las vuelve a poner en circulación, con lo que recupera otros tesoros y pone en marcha la maquinaria de sacar energías de donde no las hay, que palabra es tanto ciencia, como vida, como provecho, como riqueza. Palabra es cultura, y es tal vez el resultado estructural que cabría adjuntar de la lectura de esta novela; porque en un pueblo con más palabras, sabidas y usadas en conocer mejor a las demás, ya que unas palabras sirven para lijar, limar y quitar asperezas —para poseerlas también a las demás— de forma que así aumenta el conocimiento, se desvanecen las reticencias y se despeja el camino de la verdad sin truculencias. El tema está en ese tesoro celtibérico que, en una vasija de cerámica, encuentra uno del lugar de al lado: en un cortafuego. Los arqueólogos de la correspondiente Dirección General van a investigar la zona, con ánimos de arrancar todos los otros tesoros de conocimientos históricos que el lugar pueda dar a entender, después de haberlos tenidos siglos enterrados, dormidos, sumergidos. La cuestión principal se complica con otras accesorias y el resultado es el que debe el lector descubrir por sí mismo. Pero lo que no es preciso cautelar es el alegato contra la incultura que es este nuevo y, como todos los suyos, ejemplar libro de Miguel Delibes, que si una vez mira con precaución hacia lo que queda del mundo y en lo que este puede quedar si nos merendamos un bosque y nos almorzamos una cordillera, otras se preocupa por lo más próximo y mira hacia el interior de la tierra, sabedor de que en esta terrenalidad nuestra, que tanto trote de caballo invasor ha soportado, deben encontrarse miles de estatuillas, de cintas de adornos, de fibulas, de cerámica, de espuelas, de restos —también— de esos caballos y, en su conjunto, una lección cultural múltiple que puede dar lugar a que se reconstruya nuestro pasado histórico y protohistórico. Pues todo puede quedar en nada si no hay un mínimo entendimiento de lo que eso significa. Así que, hay que repetirlo, la lección es bien sencilla: hay que acostumbrar al respeto a esos hallazgos y no a dejarse encandilar por el brillo de un oro que viene del pasado. Una lección, como las de Delibes, siempre magistral.

Angel Las Navas Pagán

José Mayorga

José Fernando Manrique de Lara, en el cincuenta aniversario de la muerte de Federico García Lorca

José Gerardo Manrique de Lara es un poeta y escritor residente desde hace muchos años en Madrid, pero que lleva a su Granada natal muy metida dentro del corazón. Andalucía tiene especial hechizo para todos y, en particular, para los que han nacido en ella. Por otra parte, es una tierra muy fértil de inspiración por su fabulosa cantera de múltiples motivos. Por eso, no es extraño que en Andalucía surja con frecuencia el artista pleno y dotado de abundante gracia. Este es el caso de Federico García Lorca y de nuestro entrevistado José Gerardo Manrique de Lara.

José Gerardo Manrique de Lara lo reúne todo: fecundo poeta nato de finas esencias, depurado y ameno narrador en todos los géneros de la prosa (con extensa bibliografía) y extraordinario y delicioso conferenciante. Resalta su gran formación literaria, que pone de manifiesto una honda vocación. Ha ganado importantes premios y su intensa actividad literaria la hace compatible con otro trabajo no menos dinámico, lleno de iniciativas y espléndidas realidades, en favor de los artífices de la pluma, que corresponde a su cargo de secretario general de la

Asociación de Escritores y Artistas Españoles. No podía ser menos que José Gerardo Manrique de Lara, por sólidas razones de afinidad y admiración, se ocupara con amor entrañable y hasta con embeleso de la genial obra de su paisano Federico y de su trágica muerte en la plenitud creadora del insigne y llorado poeta. Su inspiración le llevó a componer, hace años, una obra de teatro sobre el malogrado Federico, en la que intenta recoger todo el duende, misterio, grandezca y drama del excelso poeta granadino. Obra que se va a estrenar próxima y simultáneamente en Madrid y en varias capitales americanas. Y que, sin duda, va a tener señalada trascendencia en los ambientes teatrales de allende y aquende el océano.

José Gerardo Manrique de Lara, con su amabilidad habitual, contesta a mis preguntas:

—¿Ante todo, qué representa para ti esa obra?

—Con esta obra no he pretendido hacer ni mucho menos la biografía de Federico. Es más bien una fantasía ritual sobre su muerte, cogiendo el tono del llanto por Ignacio Sánchez Mejías, cuyo poema considero yo una pre-

monición de la propia muerte del poeta. Ese terror y ese miedo por la muerte es lo que me ha llevado a dictar sobre este tema concreto de la muerte el curso de cuatro conferencias que desarrollé hace poco en el Instituto de España.

—¿Cuántas ilusiones has volcado en ella?

—Ilusiones todas, porque el primer objetivo era instalarme en el recuerdo de Federico como el poeta que fue de mis primeros asombros, haciéndolo además a través del teatro, que ha sido para mí siempre una tentación insuperable.

—¿Hasta qué punto, José Gerardo, has penetrado en el talante de Federico en esta fantasía?

—En el fondo me he atenido únicamente a la circunstancia estricta de su muerte, y lo que en esta obra se subraya es la profundidad humana del poeta y su propio desvalimiento ante la realidad.

—¿Qué crees te diría García Lorca si te pudiera hablar?

—Federico era, ante todo, un prodigio de imaginación y de desdoblamiento de su propia personalidad. Y eso me hace suponer que sería capaz de arrogarse la condición

de un ser de ultratumba para agradecerme, pienso yo, la sinceridad que, sin duda, contiene el recuerdo que yo le dedico.

—¿Qué es lo que ha sido más difícil: escribirla o su montaje teatral?

—Escribirla no contiene dificultad, cuando se hace al dictado de una necesidad. Eso produce placer. En cambio, el montaje es un problema técnico que implica otras servidumbres.

—Háblame de los personajes.

—Hay un personaje adisiológico que es el tiempo. Está representado por un reloj de torre con veleta, humanizado, puesto que interviene en el diálogo. El tiempo es decisivo en la vida de Federico. El tema que le faltase alguna vez. Y le faltó. Otro personaje muy importante es el tío Mateo, que narra en alusiones la historia del crimen y sirve de vehículo a la acción. Y otro personaje decisivo es Rosa de Tiena la Baja, que actúa en la obra como prototipo de la mujer granadina y como conciencia del propio Federico. En el momento de la muerte del poeta, después de una descarga de fusilería, caen abatidas cuatro siluetas en un

montón de sombras que se recogen en un plano y que corresponden a los cuerpos del maestro de Pulianas, Dióscoro Galindo; de dos banderilleros que con él murieron y, finalmente, el cuerpo de Federico.

—¿En última instancia, José Gerardo, qué impacto quieres causar en el público?

—Yo intentaría convencerle de que esta fantasía lírica no es un canto al héroe, sino más bien una exaltación del antihéroe.

—¿Cuándo va a ser el estreno, las ciudades y las fechas?

—He comprometido el estreno de esta obra en el Teatro Amira de la Rosa, de Barranquilla (Colombia). Y, en estos momentos, se está haciendo la traducción al servo-croata para su posible inclusión en el Festival Universitario que dedicará una semana a Lorca, en el mes de octubre, en la ciudad de Belgrado. En cuanto a su estreno en Madrid, no puedo adelantarte nada en concreto, puesto que la oferta de las instituciones oficiales no supe las necesidades del montaje. Estamos gestionando otras ayudas. Y esperamos que el estreno se realice en fecha próxima.

22
ya
DOMINICAL
D. L. M-22258-1981
Domingo 5 de enero de 1986

UN NADAL DE LUJO



DELIBES

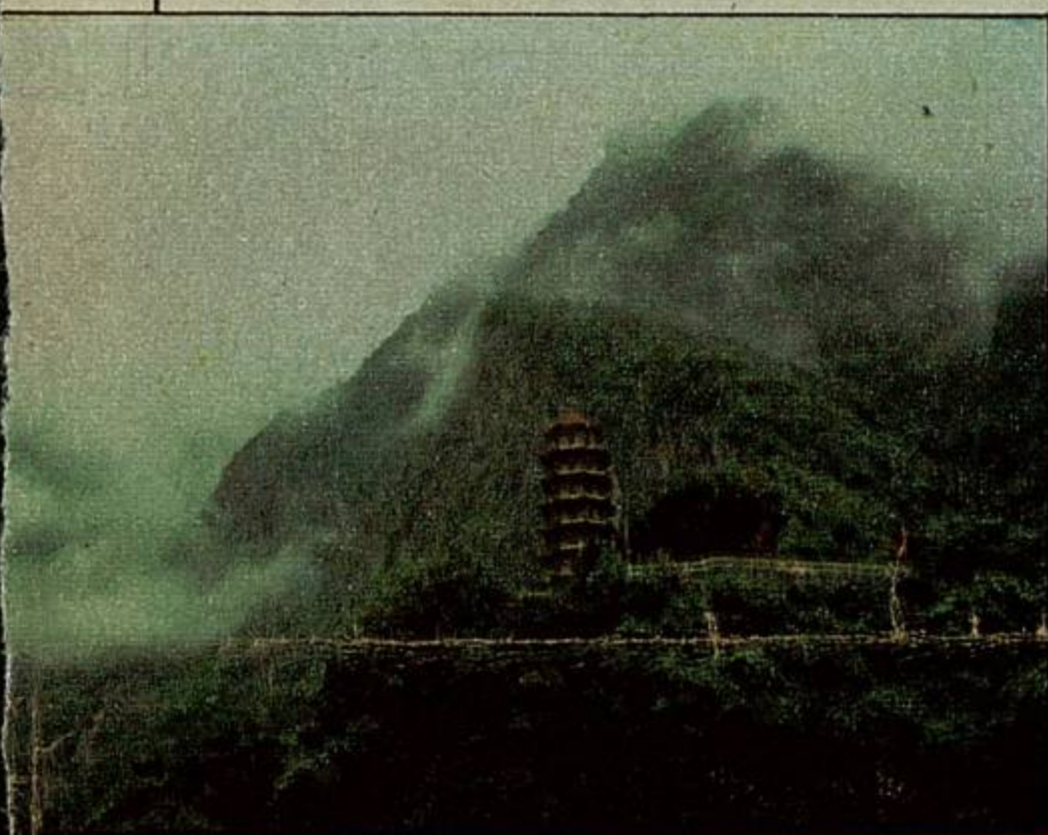
FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
Miguel Delibes

CONTENIDO

Taroko: El desfiladero de la vida y de la muerte

El sobrecogedor desfiladero de Taroko es una de las más impresionantes bellezas naturales del mundo. Es el desfiladero de la vida y de la muerte y puede cruzarse a través de la carretera denominada por los chinos «el arco iris de la isla del tesoro», considerada la más bonita de Asia. Se halla en Taiwan, «la isla hermosa», como fue bautizada por los navegantes portugueses del siglo XVI.

(Páginas 38 a 41)



El rescate de la Isabela

A la margen izquierda del río Bajabonico estableció Colón la primera ciudad europea en el Nuevo Mundo. Hoy los restos de la Isabela han vuelto a la luz, tras casi quinientos años de olvido. Importantes excavaciones, aún no concluidas, han permitido hallar ruinas del primer ayuntamiento europeo en el continente americano, la ciudad desde la que partió la primera carta para el Viejo Continente y, en definitiva, la primera ciudad de la Hispanidad, de la que hasta ahora sólo conocíamos los relatos de los cronistas.

(Páginas 12 a 14)



Delibes, un Nadal de lujo

En tres meses —comienzos de 1948— se habían vendido cinco mil ejemplares de «La sombra del ciprés es alargada», novela ganadora del premio Nadal 1947, y cuando su autor, Miguel Delibes, se lo contaba a Pío Baroja, don Pío no se lo creía, y añadía: «Será un motivo publicitario el que lleva al editor a decir esto.» Pero se vendieron. Y esa novela quedó como un Nadal de lujo por la que pasa el tiempo, pero no los años, y Miguel Delibes, hoy, justo en estas mismas fechas en que se falla otro nuevo Nadal, cuenta el recuerdo de aquellos momentos, en su rincón de siempre, en Valladolid, cuando hace ya mucho que él figura entre los inmortales de las letras españolas.

(Páginas 4 a 8)



Carmen Alvear

Tras una conversación con Carmen Alvear se podría concluir que esta señora les vendería estufas a los polisarios: posee esa flexibilidad femenina capaz de amagar, dar y, encima, centrar el asunto allá donde conviene. Dicen que habla mucho. No es así. Habla simplemente lo necesario para situar la cuestión donde le interesa. Luego se calla y permite que su interlocutor saque las conclusiones a las que ella ha llegado con su silencio.

(Páginas 10 y 11)

ADEMAS

Colaboración	9
Las películas de la semana	16 y 17
Entrevistas y noticias de TVE	18 y 19
Pasatiempos	30 a 34
Humor	35
Agenda cultural	36 y 37
Protagonistas	42 y 43
Música	44
Medicina	45
Gastronomía	46 y 47

DOMINICAL

Edita:
EDICA, S. A.
Director:
Antonió González Hernández.
Jefe de Departamento:
Juan Molina Martínez.
Diagramador:
Juan José Díaz Pereira.
Redacción, Administración
y Talleres
EDICA. Mateo Inurria, 15.
28036 Madrid
Teléfono 2592800.
Télex: 27740-27727-27622.
Imprime:
EDICA, S. A.
Este semanario se vende inseparable y conjuntamente con el número ordinario.

PAGINAS PARA LOS CHICOS: Cuadernillo central



DELIBES UN NADAL DE LUJO

Era el año 1948. Miguel Delibes acababa de recibir el Nadal 1947 y las letras españolas descubrían al más importante escritor que haya llegado a las mismas por la vía del galardón. Tenía veintisiete años este jovencísimo novelista de Valladolid y todos empezábamos a ganar un poco en bien del espíritu a partir de su primera novela.

El Nadal, que se falla en Barcelona cada 6 de enero, ha dado numerosos nombres nuevos, o casi, a las letras españolas, pero, hablando en justicia, ninguno alcanzó la merecida fama continuada de Miguel Delibes. Más de cuarenta nombres entre los que figuran Carmen Laforet, José María Gironella, Elena Quiroga, Dolores Medio, Rafael Sánchez Ferlosio, José Luis Martín Descalzo, Carmen Martín Gaité, Ana María Matute, el malogrado e inolvidable José María Sanjuán, Jesús Fernández Santos..., hasta llegar a ese «desconocido» que entrará en la rueda de la fama literaria en la noche del próximo lunes, 6 de enero de 1986.

La sombra del ciprés es alargada está ahí, y es historia. El premio Eugenio Nadal de novela 1947 también es historia. La fama de un momento o de una novela es una gloria efímera si no tiene continuación en la obra trabajada a conciencia, laboriosamente, en el curso de los días, de los años. Y ése ha sido, es, el camino de Miguel Delibes a lo largo de estos casi cuarenta años que separan aquel enero de 1948 con este enero de 1986, en que el escritor ultima detalles para el estreno de la versión teatral de **La hoja roja**, una novela que escribió en 1959 y que hoy es el penúltimo eslabón de la cadena literaria de su autor, según él mismo me cuenta, con afonía y algo de enfriamiento, en su casa de Valladolid, con la Navidad en puertas, a la hora de la conversación apacible, presidida por un grandioso retrato de Ul-

Cuando Miguel Delibes fue a visitar a Pío Baroja y le dijo que en tres meses había vendido cinco mil ejemplares de su novela **La sombra del ciprés es alargada**, don Pío le contestó: «**No se lo crea usted.**» Delibes respondió: «**Es así, es así, don Pío.**» Y éste añadió: «**Bueno, será un motivo publicitario el que lleva al editor a decir esto.**» Y Bergés, que estaba presente en aquel encuentro del viejo maestro con el flamante premio Nadal 1947, concretó: «**Que no, don Pío, es que han empezado a leer las mujeres.**» Y entonces, don Pío sentenció: «**Bueno, si leen ésas... ya no digo nada.**»

JUAN MOLINA. FOTOS: JULIO-CESAR

La Academia es interesante para conseguir que el español de hoy no se convierta en el latín de ayer: una fuente de idiomas, pero de idiomas distintos

bricht en el que Delibes es como un aldeano huesudo y ferozmente humano, sacado casi de cualquiera de sus propias novelas.

Manolo Collado y Juanjo Seoane han sido los que me han apretado para acelerar la versión de La hoja roja. Querían estrenarla en febrero, pero me parece muy difícil encontrar teatro para esas fechas. Si no, en septiembre.

No ha sido Delibes un hombre de teatro. Sólo esta versión y, en su día, la de Cinco horas con Mario. No se ha metido en más aventuras escénicas. Y me dicen, me animan a que lo haga, pero me cohíben las serias limitaciones del teatro, aun con todas las posibilidades que da el teatro moderno de cambiar cuadros en un solo decorado, con los efectos de luminotecnia... A mí sigue pareciéndome una terrible limitación la del tiempo y la del espacio. Lo que sucede en el drama o en la comedia que estás dibujando tienes que decirlo en siete momentos o en diez momentos, en unos minutos que son consecutivos y donde estás limitado por un espacio escénico. Eso, para un novelista acostumbrado a moverse con su imaginación por donde quiera, son limitaciones serias.

Su mundo rural de Castilla

El mundo literario de Miguel Delibes anda, como es notorio, por la vida rural de su Castilla más que por cualquier otro lugar e inquietud. Su mundo rural y el lenguaje riquísimo y preciso, que se va perdiendo, en la utilización correcta, en la utilización de los términos adecuados. Ahora, Delibes tiene en marcha un libro que va a versar sobre Castilla, la Castilla rural. Pero no va a ser propiamente una novela. Yo he recorrido muchos pueblos de Castilla hablando con la gente de los problemas más diversos. La Castilla rural, del pueblo. Y pretendo que sea un libro en el que

se recoja la opinión de Castilla sobre un montón de cosas. Porque entiendo que ésta es una región muy deprimida que ha sido juzgada injustamente durante cuarenta años diciendo que era la privilegiada y que era, incluso, la que imponía las condiciones a la periferia, lo cual es falso. Me parece de justicia que la gente del campo dé su opinión sobre lo que realmente es Castilla, sobre cómo está Castilla, desde los oficios más humildes y menesterosos.

O sea, que Delibes vuelve por donde suele, entre la novela, la aventura, la anécdota, el relato, el ensayo..., aunque tampoco es un ensayo. Es decir, yo me he preocupado mucho del idioma, de recoger las voces del pueblo como tales voces, los giros, las palabras. Y ha sido una experiencia interesante, porque, realmente, los viejos conservan un vocabulario muy rico, muy rico. Los jóvenes hablan ya como las gentes de la ciudad, porque sus ocios los pasan en las ciudades, ven la televisión. Pero los viejos no, y confrontas lo que ellos te dicen con el Diccionario de la Lengua, y está en él la palabra que han empleado, muerta de risa, pero ellos la conservan todavía.

Es una preocupación constante esta de Delibes por el lenguaje: desde sus novelas de siempre a la última, El tesoro, porque lo de poner voces es algo que a él le parece importante. No sólo me parece importante, sino que me parece que la credibilidad de una novela o de una obra de teatro depende en gran parte de la adecuación de las voces, de que cada uno hable como tiene que hablar. No que improvisen y que todos hablen como Cicerón. El buen éxito de las adaptaciones cinematográficas, como «Los santos inocentes», o teatrales, como «Cinco horas con Mario», lo atribuye a eso, es decir, a que los tipos están vivos y utilizan un lenguaje, un idioma que les va, que es creíble.

Y ese cuidado llega al extremo de que algunos piensan o dicen, o las dos cosas al tiempo, que para leer los últimos libros de Delibes va haciendo falta tener al lado el Diccionario de la Lengua. Es muy curioso, es muy curioso, porque no les falta razón. Yo leo ahora, por ejemplo, «Viejas historias de Castilla la Vieja» o «Las ratas», que no llegan a veinticinco años los que tienen, y encuentro palabras que entonces se usaban y ya no se usan. ¿Qué pasa entonces? A

mi juicio se va encogiendo el idioma rural, por un lado, por la televisión, por las comunicaciones, y, por otro, porque los quehaceres del campo han dado una vuelta completa. Ya no vienen los recolectores de Galicia a hacer el agosto, los célebres agosteros, ya no hay segadores; por tanto, ya no hay faena de siega, ya no hay faena de trilla, ya no hay faena de recolección. Es decir, que todas esas funciones se han mecanizado y entonces se han perdido una cantidad de palabras que se cuentan por centenares.

Un lenguaje empobrecido

Esa pérdida de palabras, esa merma en el lenguaje, afecta no sólo al campo, sino a las ciudades, a la forma de expresión de los hombres de las grandes y medianas ciudades, aunque esa pérdida, dice Delibes, viene más bien dictada por pereza mental. A la gente le ha dado por limitar sus palabras y facilitar la expresión y realmente no se molesta. Por otro lado, la gente de la ciudad se ha alejado también del mundo de la palabra atraído por el de la imagen. Hoy es

muy difícil encontrar gente en las ciudades que se entienda por medio de cartas, que escribas cartas. La gente, hoy, llama por teléfono, pero no escribe cartas. Naturalmente, esto comporta un encogimiento forzoso del lenguaje y la pereza mental es obligada ya. Tú tienes que esforzarte por decir una cosa de una manera determinada. Entonces, hablando dices «ese chisme» o el de más allá. Pero no te molestes en decir si ese chisme es un magnetófono, es una radio. Yo me temo que a los más jóvenes, a los que educamos sin escribir cartas, atraídos más por la imagen y por la historia de la televisión que por la historia de una novela, que se agarran al teléfono para comunicarse con éste o con el de más allá, que para hacer una cuenta cogen una calculadora, cálculo sencillo, digo, de las cuatro reglas, ni va a saber escribir. O va a escribir con unas faltas de ortografía terribles. Me temo que estamos abocados a esta pequeña tragedia, pero una tragedia cultural que para mí tiene un gran valor.

La sociedad parece no vivir esa tragedia. O no le da importancia, porque

manda la cultura audiovisual, como si fuese cuestión menor, aunque realmente se lee más y se produce un hecho positivo en el sentido, según Delibes, de que hay una minoría muy mayoritaria en relación con la de otras generaciones, que lee. Yo lo noto cuando doy una conferencia o un curso, en que el público es de chicos y chicas de dieciocho a treinta y tantos años. Y cuando veo en las ferias del libro que quienes van a pedirme la firma son gente joven, de manera que esto me compensa de lo otro. Es decir, habrá una mayoría que no lee libros, pero la minoría que lee es más amplia que la que leía en mi juventud, y no digamos nada en los tiempos de Baroja.

Delibes me cuenta aquí esa anécdota inicial en la que don Pío lo razona todo, refiriéndose a las mujeres —«bueno, si leen ésas...»—, que en buena medida hizo que se vendieran los cinco mil ejemplares primeros de La sombra del ciprés es alargada, el premio Nadal 1947, que Delibes recibió siendo redactor de El Norte de Castilla, su periódico, en Valladolid, su ciudad, en su pequeño mundo.

Recuerdo aquellas fechas —enero

de 1948— con mucho cariño y todavía con emoción. Yo había escrito una novela, la primera que escribía en mi vida, y la mandé a los señores del Nadal. La noche en que se fallaba el premio, el seis de enero, yo no hacía más que entrar y salir de la cabina de teletipos del periódico, hasta que en un momento leí: «Barcelona, reunido el jurado del Nadal». Y vi que habían eliminado a Ana María Matute y habíamos quedado finalistas Pombo Angulo y yo. Sólo entonces lo dije en el periódico. Nadie se lo creía, hasta que Cossío, que era el director impuesto en el periódico por las circunstancias políticas de la época, llamó a Barcelona: era en el café El Suizo donde se fallaba el premio y le dieron la noticia de que yo era el ganador. Fui consciente, desde el primer momento, que me había metido en un mundo que estaba muy lejos de dominar. Aquella novela era intuitiva. Yo había leído muy poco y no sabía por dónde iba la novela entonces, pero me sentí comprometido, claro. Es decir, que yo tenía que seguir escribiendo novela.

Desde entonces, Delibes ha sido todo en el periodismo de su propia ciudad, en su periódico: caricaturista —así entró en El Norte de Castilla en 1940—, redactor —hizo los cursos acelerados de los años cuarenta para tener carné...—, subdirector y director, y ahora, consejero, acudiendo al menos una vez por semana al periódico, a un pequeño comité que funciona semanalmente: se oye al director, al subdirector, al gerente, se cambian impresiones... Y escribe, poco, muy poco, cada vez menos, para periódicos. Y pausada, serena, concienzudamente escribe sus novelas, sus ensayos, sus historias. Y sale poco de su Valladolid. Apenas acude a Madrid, ni para ir a la Real Academia de la Lengua. Por la academia no voy. Voy poco, poquísimo. No porque no le interese, sino más bien porque parece que no ha interesado lo que yo pueda aportar a la Academia. Todas estas voces de tipo rural, de pájaros, de vocablos relativos a la cinegética o a la pesca. Pues no. Se han amontonado allí papeletas más desde hace años, y ahí siguen amontonadas; ni se me ha dado una explicación de por qué están amontonadas. Se aceptaron en un principio, pero luego no. De manera que, claro, yo, realmente, un lingüista no soy. Soy un escritor de oído, y lo que podía

DELIBES

A mi juicio, se va encogiendo el idioma rural y empobreciendo, por pereza mental, el de las ciudades

aportar era esto, era este lenguaje rural y sobre ciertas especialidades que no conocen mucho en la Academia, como es la pesca, la caza. Pero no parece que interese mucho. Hay todo ese mundo de la pesca del arte ligero que empezó el año cuarenta en Francia, la pesca con cucharilla, con debón, con mosca, mosca seca y mosca ahogada, de las que el diccionario está completamente huérfano, cuando hay en España millones de personas que utilizan estas palabras todos los días o muy frecuentemente. Y cuando hay unos objetos como son la cucharilla, el debón, el carrete, la manivela, a las que habrá que definir de alguna manera; es decir, son unos objetos que están ahí y que se ignoran olímpicamente por el diccionario.

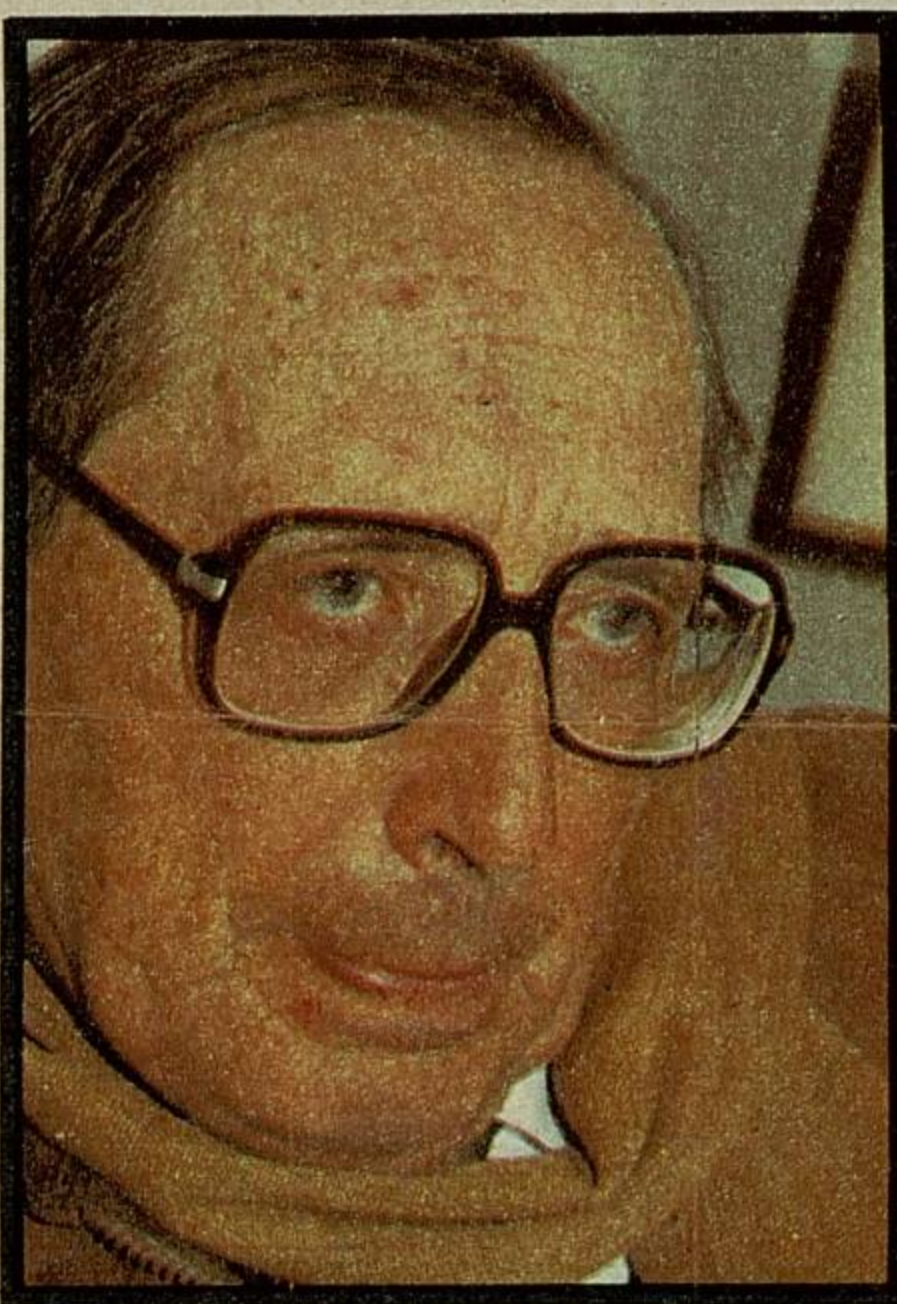
Parece que a la Academia le interesan otras cuestiones, neologismos que se discuten, aunque pocas veces se pronuncia por cuestiones tan graves como es la incorrecta utilización del idioma en los medios de imagen y voz. La Academia yo creo que es interesante para lo que decía Dámaso Alonso: para conseguir que el español de hoy no se convierta en el latín de ayer. Una fuente de idiomas, pero idiomas distintos. El que haya anualmente una reunión de dos representantes de cada una de las Academias de los países hispánicos y cambien impresiones puede evitar, a la larga, la amenaza de que un día un criollo no entienda lo que dijéramos nosotros.

De la cultura y otras cuestiones

Pero Delibes no baja a Madrid apenas. Ni a la Academia. Estuvo a punto, hace diez años, de cambiar de ciudad, al morir su mujer, cuando le ofrecieron la dirección de «El País», cuando el diario iba a nacer. Yo entonces vacilé, porque vi la conveniencia de cambiar de vida, de hacer una vida distinta; pero finalmente desistí, y creo que estuve inspirado. Y se quedó en Valladolid para bien de todos, porque todos hemos salido ganando

con sus novelas, con su creación literaria, de la que, afortunadamente, nunca piensa jubilarse, y contando con él para esperar cada año, o cada dos años, su nuevo libro o, como ahora, esa versión teatral de *La hoja roja*, en beneficio de esa cultura española que parece andar un poco perdida. O al menos produce esa impresión. O se duda sobre si se ha ganado o se ha perdido en favor o en contra de ella.

«Por ejemplo, yo pienso que el cine español de hoy es mejor que el de hace diez años y mucho mejor que el de hace treinta —dice Delibes—, pero no sé si puedo decir lo mismo de la novela o del teatro. Hay muchas veces que dos o tres personas dan la medida de la novela, o de la poesía, o del ensayo. Es decir, que



un grupo tan numeroso como el del 27 no es frecuente que se presente simultáneamente. Pero, claro, es muy difícil generalizar. Hoy hay muy buenos poetas, hay muy buenos ensayistas. Pero yo no me atrevería a formular un juicio sobre si hemos ganado o sobre si hemos perdido. Hay aspectos donde la cultura es más brillante, como el cine, y en otros está más apagada. Pero puede ser una cuestión transitoria de un par de años o de tres. Nunca se puede saber. Vamos, se puede saber alguna vez, sí, pero cuando pasen treinta años.

De cualquier forma, la cultura parece haber ganado sin corsés, sin falsos proteccionismos. Delibes no cree en la protección de la cultura. La cultura

no debe protegerse. A la cultura hay que darle libertad de creación, libertad para manifestarse. Puede darse, sí un apoyo del Estado. Al teatro, por ejemplo, para que sea asequible al pueblo, para la pervivencia del teatro. Hoy esas condiciones de libertad de la cultura se dan. Yo por lo menos no tengo queja de que haya algo que pese sobre mí, que amanece con pesar sobre mí, como forma aquella forma de autocensura que nosotros ejercíamos antes sobre nosotros mismos. Aunque he de decirte una cosa: nunca me privé de decir lo que quería. Ahora, en lugar de decirlo de una manera abrupta lo hice por medio de circunloquios, o de indirectas, o de medias palabras, pero nunca dí a una novela una solución distinta de lo que yo pretendía por causa de la censura, ni dejé de decir lo que quería decir por causa de la censura. Yo me las agencí para obviar esa censura o para regatear esa censura. No fue sencillo, pero cada cual iba buscando una forma más cómoda para decir lo que quería.

Eran otros tiempos, otras circunstancias, otros momentos, otras preocupaciones bien diferentes de las actuales, en las que se mueve el mundo, y las nuevas generaciones, «el paro y la droga», como cuestiones básicas de la juventud presente que preocupan a Miguel Delibes. La droga —dice— me preocupa enormemente, porque me parece que es muy difícil rescatar a un muchacho que ha caído en sus garras. Es posible, y en eso debemos empeñarnos todos, verdad, pero creo que la lucha debe ser preventiva más que represiva. Procurar evitar estos traficantes de droga que en muchos casos, aunque sean traficantes menores, se les conoce, se sabe dónde operan. Porque me parece un azote muy considerable.

Algo distintos de los de aquel Delibes de hace casi cuarenta años, cuando para la mayoría la preocupación era comer, sobrevivir después de una guerra cruel, y mucho más diferente de los problemas de ese niño increíblemente dibujado en la perfección literaria de *La sombra del ciprés* es alargada, en aquel Nadal de la historia vieja que hoy recuerda aún emocionadamente su autor en la intimidad y el calor de una charla larga, en la que inevitablemente, y como punto final, no puedo, porque se me derramaría en el alma, dejar de reconocer mi fervor por Delibes y su obra. ■

DELIBES